

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE)

ARTE DE SABER VIVIR

Reglas de sociedad para recepciones, balles, visitas, comidas, teatros, bodas, viajes, lufos, etc.
Norma interior de una casa: mobiliario y su arte especial. Hospitalidad, institutrices, criados.

Precio: 1'50 PESETAS



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 33.—VALENCIA

ARTE DE SABER VIVIR

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

ORIGINALES

- Cuentos de Colombine.*—3 pesetas.
Los inadaptados (novela).—3 pesetas.
La voz de los muertos.—1'50 pesetas.
Cartas sin destinatario (Impresiones de viaje).—1'50 pesetas.
(Agotada).
En la guerra (novelas).—1'50 pesetas.
Al balcón.—1'50 pesetas.
Giacomo Leopardi (*Su vida y sus obras*).—Dos tomos en 4.º:
6 pesetas.
La mujer en España (Conferencia dada en la Asociación de la
Prensa de Roma, 1906).—Una peseta. (Agotada).

TRADUCCIONES

- La Iglesia cristiana* (Renán).—Dos tomos: 3 pesetas.
Diálogos filosóficos (Renán).—1'50 pesetas.
La guerra ruso-japonesa (Tolstoi).—1'50 pesetas.
Dafnis y Cloe (Longo).—1'50 pesetas.
El rey sin corona (F. de Bouhéliér).—1'50 pesetas.
Las piedras de Venecia (Ruskin).—Dos tomos: 3 pesetas.
Las siete lámparas de la Arquitectura (Ruskin).—1'50 pesetas.
Las mañanas en Florencia (Ruskin).—1'50 pesetas.
La corona de olivo silvestre (Ruskin).—1'50 pesetas.
Los pintores modernos (Ruskin).—1'50 pesetas.
El reposo de San Marcos (Ruskin).—1'50 pesetas.
La Biblia de Amiens (Ruskin).—1'50 pesetas.

ARREGLOS

- Modelos de cartas.*—1'50 pesetas.
La cocina moderna.—1'50 pesetas.
La mujer en el hogar.—1'50 pesetas.
Salud y belleza.—1'50 pesetas.
Arte de saber vivir.—1'50 pesetas.
Vademécum femenino.—1'50 pesetas.
Las artes de la mujer.—1'50 pesetas.
El arte de ser amada.—1'50 pesetas.
Arte de la elegancia.—1'50 pesetas.
El tocador práctico.—1'50 pesetas.
La mujer jardinero.—1'50 pesetas.

ARTE DE SABER VIVIR

R-9067A

PRÁCTICAS SOCIALES

RECOPILADAS POR

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

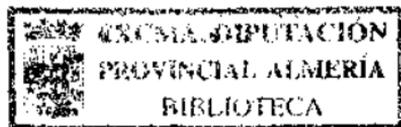


Jan. 1931

PROMETEO

SOCIEDAD EDITORIAL

Germanías, 38.—VALENCIA



ARTE DE SABER VIVIR

La sociedad

No es lo mismo hablar de las costumbres sociales que de la sociedad misma, de ese torbellino vario y ondulante, luminoso y sombrío, de esa mezcla en la que tantas cosas contrarias se rechazan y se armonizan, de ese medio, en fin, tan importante en el que nuestra vida entera se desliza y pasa. De sus fórmulas es indispensable tener una idea justa.

No es cosa fácil pintarlas, porque esto sería escribir un libro dentro de otro libro; sin embargo, como esta obra ha de ser útil, se necesita abordar asunto tan delicado y tratar de lo que tantos otros trataron antes.

El mundo es el fondo inescrutable entregado á nuestras eternas controversias. La razón es sencilla: todos los días la sociedad se modifica y se transforma. Cada época tiene costumbres particulares y pasiones dominantes, y forma un cuadro que sin cesar cambia y varía; de aquí tantos juicios contrarios, tantas apreciaciones diversas sobre hechos que desde lejos nos parecían falsamente idénticos.

Sin duda el fondo humano queda siempre poco más ó menos el mismo, y sin embargo, parece que sufre una transformación lenta, constante y profunda. Si se abre cualquier libro de historia, en cada una de sus páginas encontramos la demostración y la prueba. ¡Qué cambio ha operado en las costumbres generales el siglo último si lo observamos desde este punto de vista! Estas modificaciones sucesivas no las vemos clara y precisamente, porque estamos mezclados en ellas, y somos más actores que espectadores, así como tampoco sentimos bajo nuestros pies la rotación de la tierra.

El movimiento de las sociedades huma-

nas es tan perpetuo como el de los astros, y lo han analizado los escritores moralistas sin poderse poner de acuerdo. Se pueden dividir los autores en dos clases, cada una de las cuales admite numerosas subdivisiones; unos sólo ven la perfección en el pasado, otros en el porvenir. Los primeros no reconocen mas que perversidad y malicia en la sociedad humana y la creen llena de peligros y sentimientos malvados; á partir de esta idea, se dedicaron á revelar los malos instintos y las condiciones deplorables; son verdaderos Jeremías. Creyéndolos á ellos, ninguna virtud florece, la dulzura es cálculo, la educación hipocresía, y en el fondo de todo se encuentran las brutalidades y las concupiscencias del egoísmo; el mejor y el menos personal de los hombres, Helvetius, ha dicho esto en un libro que tuvo su hora de celebridad: «En los afectos más sublimes se pueden descubrir los cálculos de los intereses más sórdidos.» Así, sin pensarlo, sin quererlo, lo destruyen todo, hasta la familia, que reposa sobre los sentimientos más nobles y tiernos. Estos libros no son verdaderos y ejercen sobre

la educación y sobre las costumbres un influjo funesto. Es realmente muy malo llevar á espíritus jóvenes tales desconfianzas y educarlos en los temores suficientes para helar sus más nobles instintos y despojarlos de todo entusiasmo, de toda sinceridad, de toda creencia en lo bueno y en lo bello y en toda esperanza generosa.

¿Qué puede pensarse, por ejemplo, del moralista que dice: «Vivid con vuestro amigo como si algún día debiera ser enemigo vuestro», y del otro que escribe: «¿Amigos? No hay amigos»? A la verdad, tales doctrinas sólo son buenas para volvernos á los trajes de pieles con que se cubrían nuestros antepasados durante su vida oculta entre la espesura de los bosques. ¿Qué orientación dan á los espíritus jóvenes con tales máximas? Con el miedo se forman inevitablemente naturalezas suspicaces, estrechas, egoístas, y sin ventaja para ella se descorazona á la juventud. ¿Cómo han de ambicionar un puesto en una sociedad de la que se les muestran los miembros infectos y las pasiones odiosas? Hay que cuidar de que los argumentos no se vuelvan con-

tra nosotros mismos, y según la doctrina cristiana, todos serán juzgados como juzgaron.

Los optimistas no están más dentro de la realidad; el mundo de hoy nada tiene de común con aquellos tiempos fabulosos á los que llamaron los poetas «edad de oro». Es una mezcla de bien y mal, de luces y tinieblas, de días felices y días sombríos, de ciencia y error, de dicha y miseria; los buenos y los malos, los honrados y los bribones, viven juntos; es una arena por donde las generaciones pasean todos sus deseos prudentes ó culpables; pero sobre todo reina la ciencia, domina la inteligencia y preside la honradez.

Al entrar en la sociedad, hay que mirarla con sangre fría, tomarla como es, sin ideas preconcebidas, con sus excelencias y sus vicios, sus mentiras y sus aspiraciones más elevadas. No hay que creer que la fuerza es el primer derecho: lo son la astucia y la probidad. La sociedad no es así, pero en ella no sirven de mucho la credulidad ingenua y la confianza infantil. Se necesita tomar en los consejos de la familia y en

las enseñanzas de una buena educación el hábito de examinar los hombres y las cosas y de penetrar en su interior; formarnos un juicio sano y después marchar en línea recta, con la cabeza alta y sin locos temores. Esto importa mucho á los jóvenes y á las jóvenes. Los tiempos presentes no son más amargos que los anteriores. No creo que hoy sean las cosas más difíciles que ayer. ¿Fué alguna época mejor que la nuestra en la forma y en el fondo? Para responder es preciso determinar un dato y no salir del paso con vanas declamaciones. Es imposible negar que ha crecido la inteligencia general y se han dulcificado las costumbres. El número de los plebeyos que llegaron arriba honradamente, rodeados de la estimación pública, es tan considerable, que la sociedad está llena de hombres y mujeres procedentes de un origen humilde. Para esto se necesita cierto saber; pero ¿el saber es cosa fácil? ¿Han ganado los métodos en claridad y se abren escuelas para todos los que quieren aprender? Si hojeamos la primera biografía que llega á nuestras manos, veremos las miserias de

los sabios antiguos, á quienes debemos bendecir, y de los artistas, que son la honra del género humano y proceden de un humilde linaje, desde el cual eleváronse hasta la inmortalidad; para los que siguen sus huellas, el camino es claro, pero menos largo y menos trabajoso.

En el seno de la sociedad nueva, como en el seno de la sociedad antigua, nada se adquiere sin voluntad y sin esfuerzo: esta es una ley de la Naturaleza; pero aplicada á la voluntad y hecho el esfuerzo, las personas estudiosas y arregladas alcanzan hoy éxitos extraordinarios.

Para llegar á vivir en paz con su conciencia, hay que tener presente una palabra, una palabra de sentido profundo, de la que hay que penetrarse en tal forma, que sea la regla de todos los actos: *el deber*. Un ilustre americano escribió á uno de sus hijos las siguientes líneas:

«Esfuérzate siempre por ser franco con todos; la franqueza es hija del valor y de la honradez; debemos decir exactamente en toda ocasión lo que tenemos intención de hacer, sin dejar dudas acerca de nuestra

sinceridad. Si un amigo nos pide un servicio, hay que prestárselo si es razonable, y en el caso contrario, decirle francamente por qué se lo negamos: todo subterfugio sería indigno de uno y de otro. Jamás ha de obrarse mal por adquirir ó guardar un amigo; quien se da á este precio nunca valdrá el sacrificio que se hace...

»En cuanto á lo que es el deber, voy á contarte lo que sucedió hace cerca de cien años, en un día de eclipse conocido bajo el nombre de *día negro*, en el que la luz del sol quedó extinta durante algún tiempo. La Asamblea legislativa de Connecticut estaba en sesión; en presencia del fenómeno, los miembros sintieron un terror general; muchos de ellos creyeron llegado el fin del mundo; en aquel momento un viejo puritano se levantó y dijo que si efectivamente era el día fatal, quería que á él lo encontrara en su puesto, cumpliendo su deber, y á este fin propuso que trajeran luces para que continuara la sesión. En aquel hombre brillaba una calma sobrenatural y resplandecían una voluntad inflexible y una gran tranquilidad de espíritu. La palabra *deber*

es la más sublime de nuestra lengua; procuremos imitar en todas las cosas al viejo puritano, y que jamás por una falta nuestra salga un cabello blanco en la cabeza de nuestros padres. »

Pues bien; en la sociedad se encuentran muchos hombres y muchas mujeres que comprenden el deber como el viejo puritano. Ciertamente es que hay otros que no observan la misma conducta, pero saben que hacen mal aunque su posición social sea buena y el mundo se muestre muy indulgente con ellos. Si bien se observa, en los círculos y los salones donde concurren les sonreirán acaso amablemente, pero bajo esta sonrisa se descubre un rasgo de conmiseración ó desprecio, espectáculo bastante triste y tan común, que no hay más que volver los ojos para encontrarlo.

Es engañar á la juventud ó educarla mal no decirle que la sociedad vive sobre un fondo de moral muy sólido y que contra los que faltan á ella tarde ó pronto ejerce sus más justas severidades.

Puede recibir á los culpables y hasta infames cubiertos por su fortuna ó su rango;

pero esto no influye sobre la posición inferior que les asigna la consideración pública.

Al entrar en el mundo debemos tener la convicción de que entramos en un ambiente honrado, en el cual los actos no siempre están de acuerdo con las máximas; pero sabiendo que el mal es mal, se respeta el honor y se sostienen los caracteres legales. Perdonará mucho la sociedad á la juventud indudablemente; pero sin embargo, no confiemos en esta indulgencia ni abusemos de ella, porque no tardará mucho en pedirnos cuenta de nuestros actos si no empleamos todos los refinamientos de la elegancia, el buen tono y la conducta recta para no temer á sus justas sentencias.

Se ha dicho que el mundo era un ambiente honrado, mas no todo es bueno en él.

Hay que elegir con tino las relaciones que se han de contraer y las que se han de evitar. En general, la compañía de los buenos y de los malos se admite insensiblemente. Jamás ha de sufrirse que en nuestra presencia se ataque ó se pongan en ridículo

las verdades que sirven de base á la sociedad y á la moral; los hombres deben imponer silencio á la corrupción, de cualquier forma que se presente encubierta; las mujeres deben alejarse y condenar con la mirada cualquier cosa que digan en este sentido.

Entremos ahora en algunos detalles. A pesar de la igualdad impuesta por las costumbres y dictada por las leyes á todas las clases sociales, no se encuentran los mismos hábitos ni las mismas formas de lenguaje, y es probable que pase mucho tiempo antes de que llegemos á la igualdad perfecta pregonada por algunos sociólogos. Mientras las cosas estén así, cada hombre, y con mayor razón cada mujer, sólo deben constituir su sociedad con personas de condiciones asimilables á las suyas, si bien tratando siempre de elevarse con discreción á las regiones más altas; descender valdría tanto como hacer una renuncia. En el círculo en que se ha nacido y se ha perfeccionado la educación es donde más conviene vivir, porque allí es donde nos encontramos más á nuestro gusto y brillarán con más

intensidad las cualidades de que nos han dotado la Naturaleza y el trabajo. En otra parte tal vez estaríamos bien; pero sobre todo las mujeres se hallarían un poco extrañas por no encontrar la cortesía y el lenguaje á que están acostumbradas. Por mil accidentes, sin embargo, puede una persona encontrarse en esa esfera, y en tal caso, ha de procurar no mortificar con el rigorismo presuntuoso de sus maneras á las personas que sólo han de pensar en agradecerlas. No ha de tomarse jamás la actitud de «honrarlas con nuestra presencia»; esto sería ridículo, y además, podría inducir las á humillarnos. Hay que mostrarse dignos, pero cariñosos y amables, y ninguna ocasión mejor para desplegar esa gracia que engendra la buena educación. Si, por el contrario, se va á salones pertenecientes á clases más elevadas, hay que tratar, ante todo, de dominar el temor que puedan inspirar, á fin de guardar la mesura y probar la suficiencia que se posee. No debemos ofendernos por nada, y pensar que del comportamiento que se guarde depende el sitio que se ocupará; este sitio será encan-

tador si se siguen los consejos apuntados, suficientes por sí solos para servir de pauta en la buena sociedad; pero además de esto, en el presente libro entraremos en los minuciosos detalles necesarios á la vida en un medio distinguido y elegante.

Las relaciones entre novios

En España es el matrimonio el acto más importante de la vida. Para los jóvenes es el comienzo de una existencia seria y útil; para las jóvenes, la realización de los sueños y legítimas esperanzas de dicha de toda criatura humana.

El ideal de las jóvenes es encontrar un compañero que las ame por ellas mismas, y su afección suele ser desinteresada y hasta imprudente si los padres no procuran regularla y la sociedad imponerle sus leyes.

La vida de una joven empieza á delinearse con personalidad propia en su noviazgo. Sometida su inclinación á la experiencia de los padres, el novio habrá de visitarlos para pedir su consentimiento,

generalmente acompañado de sus padres ó de persona respetable en su defecto.

A esta primera visita es de buen tono que no esté presente la novia hasta que su madre la haga llamar. Es preciso dejar tiempo al novio para que exprese á sus futuros suegros sus sentimientos de gratitud y de satisfacción. La presencia de su amada podría turbarle y hasta colocarlo en ridículo.

A partir de este momento, el novio está autorizado para visitar á su futura; pero el número de estas visitas depende de múltiples circunstancias. En el gran mundo se observan siempre pocas reglas de etiqueta, porque la fortuna autoriza una multitud de licencias que no arraigan en medios más modestos. Los mundanos buscan, no sólo huir de los caminos trillados, sino que también se permiten audacias que la posición sólo autoriza.

En la burguesía hay más conveniencias que respetar, y las visitas no deben ser demasiado asiduas; las primeras, sobre todo, cortas y ceremoniosas, y como hora más á propósito de hacerlas, desde las tres de la tarde en adelante.

En algunos países existe la costumbre de que los jóvenes prometidos salgan solos, sin otro guardián que su propia conciencia; pero este uso ofrece muchos inconvenientes y no se practica en España mas que entre las clases obreras de las grandes ciudades. Si el matrimonio se rompe, es desagradable pensar que la joven ha sido vista paseando al lado de un hombre que la consideraba ya como suya, y al que el azar ó la fatalidad le ha hecho descender al rango de extraño. Sin embargo, entre este exceso de libertad y la soledad que reclaman los prometidos hay un término medio. Es preciso que los padres se penetren bien de esta idea y que en las semanas que preceden al matrimonio puedan conversar libremente y cambiar impresiones y proyectos para el porvenir. Sería cruel privar de este desahago á dos seres que se van á unir y á los que es necesaria cierta intimidad para conocerse.

Horas antes de hacer su primera visita, el novio debe enviar á su amada un *bouquet* enteramente blanco, y á partir de este día, hasta el matrimonio, con frecuencia flores, demostrando en su arreglo su gusto y su

iniciativa personal, de modo que ella conozca por la originalidad que es una mano querida y no una vulgar florista la que las combinó. Si la joven tiene hermanas, el novio demostrará buen gusto enviándoles también ramos de flores.

Una moda antigua exigía que los *bouquets* fuesen pasando desde el blanco puro al rojo vivo; pero hoy no existe, y á no mediar gusto por determinado color, se prefieren los *bouquets* blancos, como símbolo de la candidez y la inocencia.

Las flores naturales son siempre las más bellas; una docena de rosas con sus hojas y sus tallos son más graciosas que esas desdichadas flores martirizadas con alambres para formar monótonos *bouquets*. Sin embargo, es menester alternar estos ramos sencillos con las *corbeilles*, vasos y cestas de flores.

En cuanto á regalos de más valor, el primero que está autorizado á hacer el novio es la sortija de desposorio, primer anillo de la cadena que ha de unirlos para toda la vida. Otras veces se exigía que esta joya fuese siempre de perlas ó brillantes. Hoy

se tolera todo, pero son de aconsejar esas mismas piedras. Las perlas, especialmente, son las joyas que convienen mejor á las jóvenes, no tanto por su valor intrínseco como por su color y su pureza, que las hace un símbolo encantador.

Este regalo debe ser hecho el día de la comida de novios, que es costumbre ofrezcan los padres de la joven para participar á sus amigos el próximo enlace de su hija. En varias partes hay la costumbre de que los padres de la joven pedida en matrimonio envíen cartas á sus conocimientos, concebidas en estos términos: «El señor y la señora de M... tienen el honor de participar á usted el próximo enlace de su hija Matilde con don Juan Jiménez.» (Y á continuación los títulos de ingeniero, doctor, etc.) Esta costumbre es encantadora cuando nada viene á turbar el dulce sueño de ventura; pero en caso de terminar las relaciones, es muy doloroso á la joven tener que dar á todos una explicación penosa.

En la comida llamada de petitorio, ofrecida por los padres de la novia, deben reunirse los miembros más próximos de su

familia, el futuro yerno, sus padres y los amigos íntimos. Se dará á esta comida todo el realce posible; las flores guarnecerán el comedor y la mesa, y el servicio, los manjares y los vinos no han de dar pasto á la crítica.

Los dos prometidos se colocan uno al lado de otro en uno de los extremos de la mesa, pues los puestos de honor se reservan á los padres del novio. Cerca de los postes, en el momento en que nadie se ocupe de ellos, el futuro marido ofrecerá la sortija á su prometida con algunas palabras afectuosas. Cuando ella admire la joya, le pedirá él permiso para colocársela en el dedo, y puede besarle la mano con delicadeza al acabar tan grata tarea.

Como protagonista, en la cual se fijan todas las miradas, la *toilette* que en estas circunstancias ha de vestir la novia reclama grandes atenciones para distinguirse por su buen gusto: un traje claro, ligero, de forma sencilla, es lo más recomendable. Los encajes, la seda, el terciopelo y los adornos la harían aparecer como una coqueta pródiga y frívola. Nada es más seductor

ni más en consonancia con la gracia y encanto virginal que un vestido blanco, de tejido sencillo y forma lisa y seductora.

De la misma manera podría aconsejarse la ausencia completa de joyas, á no ser de poco valor material y gran mérito artístico. Sin embargo, este rigor, que parecerá excesivo á las jóvenes, no es obligatorio, y pueden permitirse un brazaletes, una sortija, un broche pequeño, los aretes y el reloj, siempre que no se abuse. La novia puede llevar algunos adornos en los cabellos y en el pecho una flor del *bouquet* ofrecido por el futuro.

Se necesita mucho tacto de parte de los jóvenes prometidos para saber conducirse en público. Jamás han de perder de vista que son el blanco de la sociedad y que todos sus actos se prestan á la crítica de los asistentes. Así es que tienen que evitar los frecuentes apartes y los cuchicheos, para aparecer sencillos, cordiales, esforzándose por atender á todos y no monopolizar la conversación.

La novia no debe privarse de aceptar las invitaciones que se le hagan para bailes

y fiestas, siempre que se invite también á su futuro, circunstancia que tendrán en cuenta los amigos de la familia para reunir á la dichosa pareja.

Una vez en sociedad ó en baile, será de mal gusto aislarse en un salón ó retirarse á conversar, revelando con miradas excesivas y actitudes coquetas el grado del afecto que se inspiran. Se comprende que bailen juntos con preferencia, pero sin olvidar que se deben también un poco al mundo, para no negarse á bailar con los amigos de una y de otro. Si el novio ha de ofrecer el brazo á su futura para salir con ella porque ya otras personas hayan dado el suyo á las señoras que la acompañan, debe primero solicitar permiso de la madre ó de quienes hagan sus veces.

De la misma manera, en caso de ausencia, ha de pedir autorización á los padres para escribirse con su amada.

Lo más correcto es que la joven muestre las cartas que recibe y las que escribe á su madre, pero no se debe olvidar que hay un cierto pudor en inmiscuir á los padres en las expansiones del amor. Así, á una joven

bien educada que observa siempre las reglas de severa moral, puede dispensársela de esta inspección á su correspondencia íntima, en la seguridad de que no cometerá infracciones de las leyes del pudor y la reserva.

Regalos de boda

Las *corbeilles* que otras veces se usaban, consistentes en canastillos ó cofrecitos preciosos con los encajes, joyas, telas y otros objetos de valor, no se estilan ya, y se contentan con comprar los regalos, encargando en el comercio que los lleven á la casa de la joven á quien se destinan.

Sobre esto hay dos cosas que deben tenerse en cuenta: primera, dirigirse siempre á casas acreditadas y de lujo; y segunda, enterarse de los gustos y deseos de la novia. Suele ocurrir que el novio no se fije bien en esto último, y sigue la inspiración de las personas de su familia, imponiendo así el gusto de éstas á la joven prometida.

Los regalos que deben hacerse dependen de la fortuna y de la generosidad de cada uno. Joyas, aretes, sortijas, brazaletes, collares, broches, etc.; los objetos que hacen parte del atavío, como abanico, bolso, frasco de sales, bombonera, espejo de bolsillo, etcétera. En seguida tienen la preferencia las pieles, que es más práctico regalar en pieza, para que la joven les pueda dar la forma que quiera, de acuerdo con las exigencias de la moda: pelerina, manguito ó boa. Después entran las telas, encajes y objetos de casa.

En cuanto á la novia, es de buen gusto que regale un recuerdo á su prometido: una botonadura, un medallón para la cadena del reloj, una moneda antigua, ó bien un *bibelot* de arte: bronce, armas ó libros.

Es regla elemental de cortesía que la futura esposa acepte todo lo que se le envíe con agrado, hasta los objetos que no le gusten, y si se le deja la facultad de cambiar algunos presentes, no la acepte ó lo haga con sumo tacto, para no desagradar al donador. En este caso tiene que alegar una razón muy fundada para que no se sos-

peche que no está satisfecha ó que no es de su gusto.

Asimismo, todo el que regala debe esforzarse por conocer las preferencias de la joven, pero casi siempre se desea causar una sorpresa y se sacrifica la satisfacción de la destinataria á la propia.

Deben preferirse las cosas útiles, como la plata, artículos de mesa, adornos de chimenea y *bibelots* de arte. El que regale necesita inspirarse en la idea de no buscar un objeto de valor superior á lo que se desee gastar.

Por ejemplo: si se dispone de doscientas pesetas, no debemos pensar en una cosa que debe valer el doble para ser aceptable.

Los regalos de boda se envían lo menos quince días antes del matrimonio, de modo que la novia pueda cambiar lo que desee y hacer la exposición de los objetos recibidos.

Sin embargo, no es de aconsejar esta exposición, porque obliga á sacrificios á los donantes y alguna vez despierta celos y rivalidades entre los miembros de una misma familia.

Quando se dispone de gran casa, se destina uno de los salones á esta exposición; pero si es modesta la habitación, se verifica en el gabinete ó en uno de los ángulos del salón. Se colocan, en este caso, todos los objetos de pequeñas dimensiones sobre una mesa, y los voluminosos, como muebles, trajes, etc., se agrupan con arte cerca de ella. La tarjeta del donador se coloca siempre sobre el regalo.

La canastilla ó *trousseau* se expone también casi siempre, pero parece un alarde de orgullo y de vanidad. Que la novia abra sus armarios para que sus amigas vean la ropa que sus padres le dan, es muy natural; pero mostrar á los ojos de los extraños los misterios de la ropa interna, es violar los sentimientos del pudor.

Respecto á las piezas de que ha de componerse el *trousseau*, no puede darse una norma fija, dependiendo, como es natural, de los medios de que se disponga; pero no debe ser muy numeroso, teniendo en cuenta que las modas cambian y no gusta una elegante de que se le quede la ropa antigua.

Las telas de mucha duración y los ador-

nos prácticos son pesados y poco artísticos; en cambio, los vaporosos y delicados duran poco; de aquí que no se pueda aconsejar nada, pues mientras unas preferirán lo útil, otras gustarán de lo bello.

Para marcar la ropa hay varios sistemas. Unas veces se entrelazan las iniciales de los apellidos de los dos futuros; otras la del nombre de la joven con el apellido de su esposo; pero lo más general es adoptar una sola inicial como marca, para evitar confusiones; ésta es casi siempre la del nombre de la esposa.

Las bodas

Las fiestas de las bodas empiezan generalmente con la firma del contrato, acto al que se ha dado la mayor solemnidad; se celebra con gran comida seguida de baile.

El contrato se firma algunos días antes del matrimonio, ya en casa del notario, ya en el domicilio de los padres de la futura, y se invita á los abuelos, tíos, primos y amigos íntimos. Con frecuencia no se celebra mas que entre la familia y los testigos.

Es preciso que la novia vista con elegancia para este acto y se ponga algunas joyas de su canastilla, pero cuidando de no tener el aire de una señora casada. Si su fortuna lo permite, debe variar el traje para el baile, sustituyéndolo por otro más ligero,

y lo mismo harán sus hermanas jóvenes; pero no se cometerá infracción conservando el mismo vestido.

Las ceremonias del casamiento suelen solemnizarse más cuando se trata del matrimonio canónico que cuando es sólo civil, pero se asemejan tanto, que las reglas que demos para ellas convienen á las dos formas de unión legal.

Es preciso tenerlo todo muy bien preparado de antemano y poner gran cuidado en los detalles de la ceremonia.

Todas las personas invitadas van al domicilio de la novia, que deberá estar vestida media hora antes de la fijada, en su habitación, donde pasarán á saludarla los parientes y los amigos íntimos.

Los encargados de dirigir el cortejo tendrán una lista de los invitados y del coche que se les destina. Así, mientras uno va llamando á las parejas que deban ir juntas en un coche, otro las va haciendo subir al señalado para ellas, y se evita toda confusión.

Por ejemplo: el que está dentro del salón llama al señor y la señora de M... y al

señor y la señora de X... y Z..., los acompaña hasta la puerta. Allí, el otro, que tiene la lista, ya sabe quiénes son estos señores, y les hace ocupar el primer coche. Como en el Evangelio, los primeros son los últimos, y los últimos serán los primeros.

Otras veces la novia descendía la primera, pero se ha reconocido el inconveniente de este uso; la joven estaba obligada á esperar en su coche toda la formación del cortejo, expuesta al frío en invierno y á la curiosidad de los transeuntes en todo tiempo. Ahora descende la última, y apenas instalada, las carrozas parten. Cuando un coche está lleno, deja su puesto al que viene detrás.

Así, los invitados llegan á la iglesia ó la alcaldía antes que la novia, y se colocan en dos filas á ambos lados de la puerta, de modo que al arribar la novia marcha entre sus amigos.

Nada hay más grotesco que un cortejo dislocado, en que unos vayan para un lado y otros para otro, sin saber adónde se deban dirigir.

Hace muy bonito que al descender de

los carruajes los hombres se sitúen todos á la izquierda y las mujeres á la derecha; al pasar la novia, todos la siguen, y se van reuniendo en parejas.

La novia da el brazo á su padre ó la persona que haga sus veces, y detrás siguen las señoritas de honor, cuyo número es facultativo, y van acompañadas de jóvenes que les sirven de caballeros.

Estas señoritas de honor son todas amigas íntimas, ó hermanas y primas. La novia debe regalarles algún objeto de los que han de llevar á la ceremonia.

Generalmente las señoritas de honor se ponen de acuerdo para vestir todas de un mismo color, con sombreros iguales ó con mantillas blancas; es muy elegante sombreros enteramente negros, con grandes plumas de avestruz, y trajes claros.

La novia es libre de escoger el color de su tocado; pero domina, aunque ya no es de rigor, el blanco. Las rosas blancas sustituyen, y tienen la preferencia, á las flores de azahar. Si la ceremonia es sólo civil, se prefiere que la novia lleve gran sombrero blanco en lugar del velo de gasa. Si es viuda

puede contraer matrimonio á los diez meses, vistiendo de claro con sombrero elegante.

Todas las damas invitadas deben vestir con la mayor riqueza posible: telas de seda, terciopelo, brocado y raso; no deben llevar abrigo ni velo en la cara.

Como ya hemos dicho, la novia da el brazo á su padre ó al que haga sus veces; el novio á su futura suegra; la madre del novio al padrino, el padre á la madrina y los hermanos de ambas familias alternativamente.

En los matrimonios de gran lujo los ujieres dirigen el ceremonial, y no hay mas que dejarse guiar por ellos.

La novia ese día tiene que estar galante con todos, besar á las amigas y estrechar la mano de los invitados, pero sin partir de ella la iniciativa y cuidando de aparecer sencilla y modesta, evitando alardes de alegría ni aparentar disgusto.

Terminada la ceremonia, se organiza el cortejo con el mismo orden, sólo que esta vez van del brazo los nuevos esposos y el padre de la desposada da el suyo á la madre

del marido y el padre de éste á la madre de la esposa.

El cortejo se dirige á casa de los padres de la novia ó al domicilio de los nuevos esposos, donde se celebra la unión.

Lo más común para celebrar las bodas son el *lunch*, la comida ó el baile. Los invitados á un *lunch* deben restaurar ligeramente las fuerzas, sin que se crea que tienen apetito; pero ante todo deben dirigir alguna palabra amable á la desposada y esperar que alguien de la casa los conduzca al *buffet*.

El *lunch* se compone de chocolate, café, vinos finos, como Málaga, Jerez, Champagne, etc.; *sándwichs*, aves trufadas, gelatina fría y dulces.

No se necesita una gran decoración en la sala, aunque es preciso tenga aire de fiesta, flores en profusión, luces, lencería fina, vajilla de cristal y plata, etc.

Si se trata de comida, la novia, por emocionada que esté, tiene que hacer un esfuerzo y no rehusar todos los platos, pero abstenerse en lo posible de tomar vinos que aumenten su excitación nerviosa. Los brin-

dis en esta clase de comidas son de mal gusto. Si alguna persona pronuncia palabras de felicitación levantando su vaso, la joven pareja está obligada á levantar el suyo saludando. Sin embargo, cuando en una sociedad numerosa y escogida algunas personas, por ignorancia ó descuido, infrinjan las leyes de la etiqueta, los esposos pueden fingirse distraídos y no contestar á los brindis.

La novia debe ponerse otro vestido des-cotado para la comida y llevar las joyas de brillantes de su canastilla.

Si se celebra con baile, siempre se verifica una cuadrilla de honor, en que bailan los esposos y las personas más notables de la reunión. Dicho se está que la novia se cambia de traje en este caso.

La madre de la novia debe dar á ésta la señal de partida, y entonces ella se levanta y se aleja para vestir el traje de viaje, cosa de buen tono en las bodas. Las amigas de confianza la siguen para despedirla en sus habitaciones, y cuando ya está lista, la madre avisa al novio, que estrecha la mano de sus amigos y va á reunirse con su mujer

para emprender el viaje de novios, evitándole á ella lo enojoso de las despedidas.

Estos viajes de novios son de gran moda, y no puede dejarse de reconocer sus ventajas. Partir dos enamorados para países desconocidos, llenos de poesía, verse libres, solos, entregados á su amor, es una felicidad inmensa... Sin embargo, las habitaciones de un hotel, por lujosas que sean, no valdrán jamás lo que el dulce nido preparado con amor por la ternura de una madre, para abrigar las primeras expansiones de la joven pareja.

Muchos, en vez de salir de viaje el mismo día de su matrimonio, se refugian en su hogar, y sólo después de unos días de tranquilidad se resuelven á ir, esparciendo los recuerdos de su dicha por sitios donde quizás no vuelvan más.

Queda aún á la joven pareja el cuidado de participar su enlace á los conocidos que no han podido ser invitados y ofrecer su nuevo domicilio á todos los amigos. Estas cartas se suelen hacer en la siguiente forma:

«Doña M... de M... y don J... de G... par-

ticipan á usted el efectuado enlace de su hija L... con don M... de O...»

«Doña F... de T... y don J... de O... participan á usted el efectuado enlace de su hijo J... con doña L... de G...»

«Doña L... de G... y don J... de O... ofrecen á usted su casa, calle X..., número N...»

La costumbre de repartir dulces á los amigos con el parte de casamiento ha desaparecido ya.

A los amigos que han asistido á la boda ó que fueron invitados á ella no se les participa, limitándose sólo á ofrecerles la casa, ya con tarjeta á propósito, ya en la visita que los recién casados deben hacerles cuando regresen de su viaje, después de algunos días necesarios para descansar é instalarse bien. Hay que hacer estas visitas á todos los parientes, á las personas que asistieron á la boda y á todos los que les regalaron. Es preciso evitar el mostrarse en paseos y teatros antes de haber cumplido este deber.

Estas visitas son cortas, diez minutos ó un cuarto de hora. La recién casada debe vestir traje elegante y hasta lujoso, pero

con pocas joyas. Éstas parecerían decir: «Ved qué rica era mi canastilla», ó querer humillar á las amigas solteras, y debé cuidarse siempre de evitar todo lo que sea alarde de orgullo ó de ostentación.

Modo de conducirse en la calle

Las jóvenes solteras se ven en muchos casos obligadas á salir solas. Esto depende de la fortuna de sus padres, del rango que ocupan en la sociedad y del medio en que viven. Una señorita muy bien educada puede verse en la necesidad de ayudar á sus padres con su trabajo, y le precisa salir sola cuando no tiene persona respetable que la acompañe.

Es mejor esto que confiársela á una criada, que por lo general son hijas del pueblo, desprovistas de tacto por la educación escasa, que les impide discernir entre lo que es correcto y lo que no lo es.

En las grandes ciudades la tolerancia es mayor que en las provincias. Por lo ge-

neral, se tolera que la joven vaya sola en caso de necesidad á sus ocupaciones, pero jamás al paseo, las diversiones y las visitas.

La casada, en cambio, tiene libertad completa para ir sola ó con una amiga á todos los sitios públicos; pero para unas y otras cuando salgan solas, particularmente si van á pie, son buenas ciertas reglas de prudencia.

Los trajes debèn ser sencillos, modestos, poco llamativos, para no atraer las miradas, y se necesita marchar con corrección, sin levantar la falda ni ceñírsela.

Es un vicio feo, en la que camina sola, volver la cabeza, pararse ante los escaparates y prestar atención á los transeuntes.

Si alguna persona desconocida se permite dirigirle la palabra, la señora debe pasar sin mostrar enojo, con completa indiferencia; si es una galantería de buen tono, se dan brevemente las gracias y se continúa el camino.

Al encontrar un conocido, la señora ó señorita pueden saludar las primeras; pero no se pararán á hablar en la calle mas que con personas de intimidad ó de respeto,

rehusando toda compañía que no sea de las primeras. Una señorita no debe adelantarse nunca á ser la primera en pararse ni dar la mano á los que encuentre en la calle, á no tratarse de una compañera de su edad.

Si se sale en carruaje, el puesto de la derecha es de preferencia para la señora de respeto, á la que el caballero da la derecha en carruaje en todos los países. En cambio para ir á pie esto varía mucho. En América, Inglaterra y otros países prácticos, el hombre por la calle ofrece siempre el brazo izquierdo á la señora. Esto tiene fácil explicación: de esta manera se conserva en libertad la mano derecha y puede servir para apartar á la multitud, saludar á los conocidos que se encuentren, acercarle una silla y otras muchas cosas que sería difícil hacer con la mano izquierda. Los militares ofrecen el brazo derecho á causa de la espada.

En cambio, en Italia hay tal costumbre de llevar las señoras á la derecha, que por conservarles este puesto marcha el hombre por el lado interior de las aceras, lugar que entre nosotros se da siempre á la mujer.

Un hombre debe apartarse de la acera, lleve ó no la derecha, para dejar paso á una mujer; pero ella no debe exigirlo si él buenamente no lo hace. El asiento en el paseo ó en el tranvía debe ser siempre ofrecido á las señoras; por desgracia, es costumbre de galantería que desaparece entre el pueblo, pero que conservan las personas bien educadas. Se dice que el deseo de igualdad de la mujer hace desaparecer la galantería, á la que, en efecto, no tiene derecho desde el momento en que abdica de su graciosa debilidad. Sea como quiera, la mujer no debe luchar por la posesión de un asiento ni de un puesto, sino caminar modestamente por la acera de la derecha, evitando meterse entre la multitud, y más aún si va acompañada que sola, pues su imprudencia puede dar ocasión á disgustos graves de los hombres que la acompañen.

Si hay que subir escaleras, el hombre debe pasar delante de la mujer, y para bajarlas ir la señora delante. Hay en esto matices de delicadeza que las personas finas observan de un modo instintivo.

Las señoras que salen para ir á com-

pras deben saber ya de antemano los comercios cuya seriedad les ofrezca mejor resultado, y llevar el presupuesto de precio y la intención decidida de lo que han de comprar, á fin de evitarse la conversación inútil y el gasto de tiempo.

En el paseo, muchas elegantes hacen tertulias animadas, pero hay que guardar en ellas gran compostura y evitar las conversaciones en voz alta y las risas extemporáneas. Es muy común dejar el coche y pasear seguidas del lacayo á distancia. Cuando estos paseos son por el campo, no se puede admitir más compañía que la de personas de la familia.

Para subir al coche, pasa primero la señora, y para descender el caballero se adelanta siempre á darle la mano.

Son vicios que es preciso evitar el pararse á hablar en sitios que interrumpen la circulación y molesten á los transeuntes, y el quedarse mirando con descaro á las personas que pasan, ó con demasiada fijeza el atavío de las otras damas.

Las visitas

Las visitas son una costumbre que tiende á mantener los lazos de amistad y las relaciones sociales.

Es de buen gusto visitar á las personas á quienes estamos obligados por algún acto de deferencia; otras veces la visita es necesaria para solicitar un favor, y más comúnmente por el placer de pasar un rato en compañía de sujetos que encantan por su trato agradable ó por su simpatía.

La costumbre de señalar un día para recibir es útil y necesaria. Nada hay más desagradable que dejar las ocupaciones para ir á una casa cuyos dueños están ausentes, y nada que contraríe tanto como la llegada de una visita cuando el salón no está preparado, ó cuando el dueño de la casa tiene

otras ocupaciones urgentes ó necesidad de salir.

El día en que se recibe, ya se han dejado de antemano otros cuidados para reconcentrar la atención en las personas que nos visitan; el orden más riguroso reina por todas partes; las lámparas están preparadas, las flores frescas, la estufa caldeada, y el sirviente de frac ó la criada con cofia y delantal blanco, sin más cuidado que el de abrir la puerta y atender á los visitantes.

Generalmente, las horas de recibir son de tres á siete; las visitas de poca intimidad deben ir de las primeras.

Casi siempre, todas estas visitas ceremoniosas son breves, y cuando llegan nuevos visitantes dejan el puesto libre después de algunos minutos, pues sería de mal tono marcharse al llegar ellos.

Las visitas de pésame resultan penosas, y á pesar de que son siempre desagradables por la pena que causa ir á ver la aflicción de los amigos, se necesita armarse de valor y cumplir este deber.

Al entrar en la casa adonde se va de visita, los hombres dejan en la antecámara

ra los paraguas, las capas, los objetos que lleven en la mano y los abrigos. Las señoras pueden conservarlos, pero es de mejor gusto despojarse de ellos.

Hecho esto, la criada levanta el portier y anuncia á las personas que entran, las cuales van á saludar á la dueña de la casa, informándose de la salud de su familia. La señora de la casa se levanta á la entrada de un nuevo visitante, y las demás personas de la tertulia permanecen sentadas, inclinando la cabeza al saludarlas. Las mujeres no se levantan cuando es un hombre el que llega.

Las jóvenes no reciben nunca solas, á no reemplazar á su madre por cualquier circunstancia, y en ese caso acompañadas de su institutriz ó de una parienta ó amiga de edad. Si son huérfanas, reciben en compañía de su padre.

La señora que recibe necesita estar vestida con esmero, demostrando así deseo de honrar á sus visitas, pero sin gran lujo, para no eclipsarlas. Los guantes son de rigor por la noche, pero la dueña de la casa no los lleva jamás en las recepciones de

día. Asimismo, en estas últimas recepciones puede recibir sólo la señora, mientras que en las que se verifican de noche es indispensable la presencia del marido.

Después del saludo á la señora de la casa, el visitante va á estrechar la mano de las personas que conoce. La señora visitada le presenta á las demás. Primero repite el nombre del visitante: «El señor de M... ó la señora de Z..., mi querida amiga», ó bien su título y profesión, catedrático, profesora, artista, etc., y después va presentándole á todos los visitantes, no por su rango, sino por orden de proximidad. Sin embargo, si en la sociedad hay personas de mayor edad ó respeto, se debe empezar por ellas. Esto en reuniones pequeñas; en grandes salones de concurrencia numerosa, no se presenta mas que á determinadas personas.

Las personas de edad están autorizadas á tender la mano á todos los que les presenten, hombres ó mujeres; los hombres de mediana edad pueden tender la mano á los de su misma condición y á los jóvenes, pero nunca á los de más edad hasta que éstos la ofrecen primero.

Las mujeres de cierta edad pueden permitirse ofrecer la suya las primeras á los hombres de su misma edad y á los jóvenes.

En cambio los jóvenes y las jovencitas necesitan gran reserva y han de esperar que los saluden, á no ser que ya se hayan encontrado varias veces en sociedad y hablado amistosamente, en cuyo caso el movimiento es espontáneo de parte de unos y otros.

Un hombre joven no debe jamás ser el primero en ofrecer la mano á una mujer; cuando dos hombres se encuentran en un salón y no tienen intimidad, el de más edad debe ofrecer la mano al otro.

Si se desea ser presentado en una casa, es necesario que un amigo pida permiso á la señora, y que ésta fije el día y hora. El presentado, á no ser de edad, ha de esperarse á que la señora le tienda la mano antes de ofrecer él la suya.

Un joven ó una señorita no aceptan jamás una butaca, á no ser que no haya otros asientos ó que la dueña de la casa insista y fuese imprudente rehusar.

Los hombres que hayan llegado antes

ofrecen su silla á las damas que entran, á menos de estar mal colocados ó en asiento demasiado modesto.

La duración de las visitas depende del grado de intimidad; así, las de etiqueta no pasan de un cuarto de hora, y los amigos las prolongan mucho tiempo.

Una gran intimidad permite sólo hacer visita fuera de los días de recepción. No se debe jamás ir mal vestida de visita á casa de una amiga en el día que recibe, por mucha que sea la intimidad. Si no se encuentra á la persona que va á verse, por ignorar su día de recepción, se deja una tarjeta con un ángulo doblado, y no se repite la visita á no recibir autorización ó mediar confianza.

Asimismo, en días de gran fiesta no se harán visitas.

Las visitas de casados que ofrecen su casa se verifican á los tres meses del matrimonio.

Las de dar gracias por un pésame, cuando ha terminado el período de luto riguroso.

Entre las visitas obligatorias están las

de felicitación de primero de año, de gracias por un favor recibido, las llamadas «de digestión», ó sea las que se hacen después de haber sido invitados á comer; éstas deben hacerse dentro de la misma semana.

Hay también obligación de visitar á las amigas enfermas, á las amigas que dan á luz, á las señoras que son presentadas en casa, á las amigas que vuelven de un viaje para el cual se despidieron y á las que han tenido un suceso dichoso ó una desgracia de familia.

En cuanto á devolver las visitas, una señora que recibe con frecuencia está dispensada, y las amigas van á verla á ella; pero de vez en cuando ha de ir á visitarlas ó dejarles tarjeta.

Los que se conocen en sociedad pueden empezar á visitarse después de haber cambiado sus tarjetas, y partir la autorización de la persona más respetable.

Una señora nunca puede ir sola á visitar á un hombre soltero, á no ser éste de edad y respetable posición. Si le es necesario verlo, se necesita ir acompañada de personas serias.

La costumbre de saludarse las señoras besándose está ya pasada de moda. Nada tan incómodo como estos besos, para los que estorban el sombrero y el velito, y nada tampoco tan antihigiénico como esto y besar á los niños.

Este saludo, que en algunos países se hace extensivo á los hombres, recuerda los frotos de nariz con que se saludan los salvajes. Ahora ya se trata de evitar, en lo posible, dar la mano, y como hemos visto, se observan muchas reglas para ofrecerla, no haciéndolo en ningún caso sin tener los guantes puestos.

Hace algún tiempo empezó á introducirse la costumbre de obsequiar con refrescos y dulces á los visitantes; hoy la elegancia consiste en ofrecerles un té.

Para este objeto se dispone una mesita cubierta con artístico mantel en uno de los ángulos del salón, y sobre ella se pone el servicio, las servilletitas y los dulces y pastas.

Aproximadamente á las cinco, una criada trae la tetera tapada con la cubretetera y el recipiente de agua hirviendo, que ha de servir para ir añadiendo al té.

Después de haber dado tiempo para saludar y sentarse á los últimos llegados, la dueña de la casa ó sus hijas se levantan y ofrecen á cada uno su correspondiente taza de la aromática bebida.

Las amigas jóvenes les ayudan en esta tarea, ó en su defecto algún caballero. Se da á cada invitado, empezando por la señora de mayor respeto y continuando por los que se tengan más cerca, las tazas de té con la servilleta, y se les presenta el azucarero, preguntándoles al mismo tiempo si desean servirse leche ó qué dulce prefieren: «¿*Brioche?* ¿*Plum-cake?*»

Es preciso escoger uno ú otro, no el uno y el otro.

Cada persona debe conservar su taza en la mano é ir á dejarla en su sitio cuando está vacía; la etiqueta permite repetir, tomando sólo una vez pastas. Las modernas mesas de té se desdoblán en pequeñas mesitas, que se llevan á todos los ángulos del salón y permiten mayor comodidad y facilitan el que se formen animados grupos.

Todo esto se refiere al té familiar ofrecido á los visitantes. Cuando se trata de un

té de ceremonia, tiene las mismas leyes de etiqueta que una comida ó un *lunch*.

En cuanto á los llamados juegos de sociedad, ya han pasado de moda entre los elegantes. La dama que recibe, para agradar á sus contertulios puede tener recitado, canto, etc., pero nada de juegos y entretenimientos, que resultan ridículos.

Las prácticas sociales varían con las costumbres: un manual de urbanidad de hace algunos años exigirá no fumar jamás delante de las señoras, y á los postres de una comida, los hombres sujetos por esta afición tendrán que dejar la compañía de las damas para fumar su cigarrillo.

Pero ahora que las damas fuman, en su gran mayoría, y que es de buen tono en salones aristocráticos encender los cigarrillos, ¿qué leyes han de observarse? No es posible dar ninguna fija, y el visitante debe guiarse por lo que las costumbres de la casa le permitan. Así, cuando en un salón la dueña fume ó permita que lo hagan los contertulios, éstos podrán aprovechar el permiso, y abstenerse de demandarlo en caso contrario.

La pregunta de si se permite fumar no debe hacerse nunca, pues en caso de consentirlo la dueña de la casa lo anuncia discretamente, después de informarse de si molesta á sus amigas.

La conversación

La conversación es un arte que se perfecciona todos los días, y aunque no es dado á todos conversar con espiritualidad, se necesita tener buen gusto para no hacer un papel desairado.

Siempre que se encuentra uno en sociedad debe procurarse aportar un contingente de buen humor. Lo primero que se exige es mostrar un semblante satisfecho, sobre el que no se pueda encontrar una expresión de tristeza ó de mal humor.

Hablando con mujeres se marca más dulzura en la entonación, á los ancianos se les atestigua deferencia y á todo el mundo política y amabilidad.

Es de mal gusto interrumpir á los que

hablan y parecer no escuchar con interés á las personas locuaces.

El príncipe Demidoff, narrador muy ameno, dirigía un día sus cumplidos á un marqués por la amabilidad con que le atendía.

—Se conoce—le dijo—que es usted un hombre bien educado en el aire con que parece escucharme.

—Príncipe—respondió su interlocutor—, el mejor medio de parecer escuchar es... escuchar.

La conversación exige reserva y prudencia, porque palabras inconsideradas pueden herir á las personas que no se conocen bien. El mejor medio de evitar este peligro es el de no denigrar jamás una profesión, un cuerpo, una compañía cualquiera á la que nuestro interlocutor pueda pertenecer.

Si la conversación recae sobre las obras de contemporáneos, los juicios se han de dar con mucha reserva.

No hay nada que cause más confusión que el decir una imprudencia. Figurémonos el papel de una señora que empieza con ligereza á burlarse del traje ó los modales de

otra, y á quien una persona sentada cerca le dice con cierta galantería satírica: «Es mi hermana», ó «es mi esposa». Queda tan en ridículo, tan confusa, tan humillada, que todas las burlas se vuelven contra ella, mientras vacila y tartamudea, sin hallar modo de disculpase.

Hablar de ideas políticas y religiosas ó discutir con acaloramiento es de mal gusto siempre.

Delante de señoras particularmente, no se debe hablar nunca de edad ni herir su susceptibilidad en nada.

Los chistes subidos de color, las palabras de doble sentido y las sátiras en que se sacrifica á alguien no deben permitirse jamás, ni las usa una persona bien educada. El afán de hacer frases ingeniosas denota deseo de distinguirse ó malevolencia.

Es preciso no dejarse llevar del placer de una crítica mordaz ó amarga, pensando siempre en que los interesados pueden estar próximos ó tener allí amigos.

Se debe asimismo evitar ocuparse de la vida privada de las personas, cosa de mal gusto y peligrosa.

Una cierta exageración en las expresiones es actualmente de moda, tal vez por el deseo de mostrar distinción ú originalidad; pero esa distinción no se adquiere sino á fuerza de trato social, y ha de ser natural y sencilla para no caer en el ridículo. Es preciso *esprit* y gusto para rehuir la exageración en el lenguaje y no caer en lo vulgar y en locuciones propias de la gente del pueblo.

Una mujer superficial no poseerá jamás el arte de dirigir la conversación con tacto y delicadeza, encaminándola hacia objetos interesantes y elevados, de los que esté excluída la pedantería y no se encuentre puesto para la maledicencia ni para la burla.

Es una prueba de tontería hablar delante de extraños de los disgustos que nos afligen, de nuestros asuntos personales, y hasta una falta de educación contar con detalles minuciosos las cosas que nos atañen.

Muchas mujeres creen interesante hablar de ellas, de sus maridos, de sus hijos y de la manera como emplean el día.

Otras, por timidez, apenas abren los la-

bios, y causan gran embarazo al interlocutor, condenado á hablar solo, mientras que hay personas que acaparan la conversación y no dejan *meter baza* á nadie.

El acaparar la conversación ó entremetarse á dar opiniones, sobre todo hablar alto, gesticular con viveza, son también defectos que han de evitarse.

Las jovencitas no deben dar su opinión ni mezclarse en ciertas conversaciones atrevidas, pero es igualmente peligroso hacer la *ingenua*, porque nada hay tan ridículo como una inocencia fingida.

En los conciertos, conferencias ó sitios en que todos escuchan, no se debe hablar y distraer la atención de los demás, impidiéndoles oír.

Un exagerado amor propio hace balbucear á muchas personas y hablar despacio, sin entonación, con monotonía y uniformidad, como si se escuchasen, mientras otras dan á cada sencillo párrafo de la conversación aire de discurso ó de sentencia.

Es corriente ver personas que para hablar de un asunto vulgar hacen un largo exordio ó digresión histórica, cansada y

enojosa, que desvía del objeto principal, hasta el punto de que se ven luego obligados á recordarlo como consecuencia y moraleja.

Así, pues, la persona de amena conversación ha de ser animada, dulce, sencilla, sin fatuidad ni rebuscamientos, huyendo de lo vulgar y de la imposición del *yo*, para saber escuchar, callar, responder é interrograr oportunamente. Es un arte que sólo un recto buen sentido enseña.

Las repeticiones y las locuciones vulgares se evitan con la costumbre de leer buenos autores y hablar con personas distinguidas. La razón es sencillísima. No estando acostumbrados á usar ciertas palabras, no acuden jamás á la memoria, y se adquiere forma galana y escogida con el hábito de leer y oír buenos hablistas.

Nada hay de tan pésimo efecto como escuchar de los lindos labios de una dama elegante las palabrotas vulgares del arroyo. También el timbre de la voz es susceptible de educarse en el medio en que se vive. Comparemos el timbre fuerte y destemplado de un hombre ó mujer del campo

con la voz sonora de una dama ó de un caballero educado. Conviene, pues, evitar los defectos de pronunciación y hacer que la voz adquiriera serenidad y dulzura.

Es tal el encanto que emana de una voz dulce, que muchas personas, sin poseer belleza, son simpáticas por el acento. Hay además que tener en cuenta que las gracias físicas son efímeras, y que la última belleza que nos resta es la del talento y la conversación. Se ve con frecuencia en sociedad preferir la conversación de los ancianos, cuya fluidez de palabra nos encanta, á la sosería de los jóvenes.

Además, no hay que olvidar la célebre frase: «Si á las jóvenes bonitas puede dispensárseles no tener talento, todas las demás están *obligadas* á manifestarlo.»

Las comidas

Las comidas desempeñan un gran papel en la vida social, desde la comida íntima de la familia, de la cual nos ocuparemos más adelante, hasta las que se ofrecen á los amigos y aquellas que por su importancia adquieren proporciones de banquete.

Entre los pueblos sajones, y especialmente en los norteamericanos, la costumbre de las comidas en casa va desapareciendo y tienen lugar en cualquier *restaurant* ú hotel de moda; pero entre los latinos, más aficionados al hogar, la costumbre de las comidas subsiste siempre.

Es preciso conocer una multitud de detalles, para no caer en ridículo delante de las gentes que se preocupan de estas fórmulas de sociedad y de riguroso «buen tono».

Ocho días, lo menos, antes del destinado para la comida hay que repartir las invitaciones, á las cuales se responderá inmediatamente, y si cualquier circunstancia impidiera el aceptar, es necesario disculparse de un modo afable y lógico.

A pesar de esto, la persona invitada tiene obligación de hacer, dentro de la semana, la visita de digestión, aunque no haya asistido al convite.

Si después de repartidas las invitaciones una circunstancia fortuita nos obliga á suspender la comida, se manda una tarjeta á cada uno de los invitados avisándoles y dando á entender que por motivos imperiosos se suspende y aplaza la proyectada reunión, no que se renuncia á ella.

Naturalmente que, considerando la mesa como un sitio de placer, no debe invitarse nada más que á personas gratas: los mejores amigos, los más inteligentes, los más simpáticos. Hay personas bien educadas que, aun á pesar suyo, sufren la influencia de atavismos y supersticiones, y experimentan gran disgusto si se reúnen en torno de la mesa trece comensales. Por si acaso en-

tre nuestros amigos hay alguno de éstos, conviene evitar ese número.

Se tendrá en cuenta al hacer las invitaciones (1) que haya un número igual ó mayor de hombres que de señoras, á fin de que ninguna de éstas se vea obligada á pasar sola al salón. Las personas amigas que se profesen simpatía se colocarán cerca, cuidando de no invitar á la misma comida á personas que notoriamente se sepa no estén en buena armonía.

Para hacer honor á los invitados, es preciso no mostrar negligencia en nada. Los manteles, cristalería, vajilla y cubiertos han de ser de una limpieza irreprochable.

Para la belleza y el buen golpe de vista, la simetría es necesaria: flores artísticamente dispuestas adornarán la mesa, teniendo cuidado de que no sean de perfume penetrante, cosa que no pueden sufrir los nervios de algunas señoras delicadas y que no se asocia bien al olor de salsas, vinos y condimentos.

(1) Véase para éstas la fórmula en el libro *Modelos de cartas*, publicado por esta Casa Editorial.

Hay varias maneras de adornar las mesas con flores; se estilan las guirnaldas y pequeños ramos de formas graciosas, que no tapen la vista de los convidados de un extremo al otro. Los grandes ramos en el centro, que impedían verse, están ya desechados.

Muy elegante es sembrar de flores cortadas del tallo todo el mantel, y en algunos casos se pone en el centro de la mesa una decoración de plantas naturales.

Los manteles son finísimos y bordados, y las servilletas se pliegan todas de la misma manera, en formas de fantasía, pero de modo que dejen ver la cifra. Sobre la servilleta se coloca una tarjeta, en la cual estará escrito el nombre de cada convidado para indicar su sitio y el *menu* con la lista de los platos y vinos que han de servirse, á fin de que cada uno pueda conservar su apetito para el que más le agrada.

Es de gran lujo que las tarjetas estén adornadas de dibujitos, unos á pluma y otros á la acuarela; pero si son de mal gusto es preferible que la tarjeta no tenga decoración ninguna.

Lo más corriente y vulgar es una gran mesa para todos los invitados; lo más moderno colocar en el comedor mesitas para cuatro personas y adornar cada una de estas mesitas de una flor diferente: crisantemos, violetas, rosas, lirios, nardos, jazmines, claveles, miosotis, etc., y si es posible de un solo color.

La dueña de la casa estaba obligada otras veces á vestir con cierta sencillez, para no eclipsar á los convidados con un atavío demasiado lujoso; los tiempos han cambiado, y las apreciaciones, diferentes, tienen razón de ser. Una dueña de casa ricamente prendida parece decir á sus invitados: «Todo esto no es demasiado para vosotros.» A lo menos así puede interpretarse. Las invitadas deben vestir bellas *toilettes*. Para los hombres, levita ó frac y corbata blanca son de rigor.

Los invitados llegan algunos minutos antes de la hora señalada y se desembarazan de los abrigos, sombrero, etc., en la antecámara, entrando en el salón con los guantes, que no se quitarán hasta estar sentados delante de la mesa.

Algunos momentos antes de pasar al comedor, un criado entrega á cada caballero un sobre conteniendo una tarjeta con estas frases:

«Se ruega al señor M... ofrezca su brazo á la señora X...»

Es bien entendido que la dueña de la casa pondrá todo el cuidado posible en romper el hielo entre los invitados, presentando á todos los que no se conozcan.

Un criado anuncia que la comida espera: «La señora está servida», y cada caballero ofrece su brazo á la dama que le corresponde acompañar. El dueño de la casa pasa primero conduciendo á su pareja, les siguen los invitados con las suyas, y la dueña de la casa es la última, para cerciorarse de que todas las damas van acompañadas. Si hay que pasar alguna puerta algo estrecha, el caballero va delante y conduce á la señora después.

Si los comensales son sólo hombres, amigos del marido, la dueña de la casa pasa la primera del brazo del más significado, y en ese caso no es él quien se lo ofrece, sino ella la que lo conduce.

Las sillas para las señoras se separan por los criados, y á falta de ellos por sus caballeros.

Los criados han de estar vestidos de frac, corbata blanca y guantes de hilo blanco los hombres, y de negro, con delantal y gorrita blancos, las mujeres. De la habilidad y presteza de los criados depende el éxito de la comida.

El sirviente debe llevar un calzado ligero, á fin de no hacer ruido al andar. Siempre irán provistos de una servilleta para limpiar los platos. Se guardarán bien de echar sobras de unos platos en otros, ni de amontonarlos. Antes de llevarse los platos se recogen los cuchillos y tenedores en unos canastillos guarnecidos de una servilleta limpia. Jamás deben dar una cucharilla ó un cuchillo al invitado mano á mano, sino sobre un plato ó bandeja.

Si la comida es en mesitas guarnecidas de flores distintas, como ya hemos dicho, en vez de tarjetas de colocación se entregan ramitos con la flor que les corresponda á las dos señoras y á los dos caballeros que la hayan de ocupar, y éstos se los prenden

en el cuerpo del vestido ó en el ojal del frac, respectivamente.

El primer servicio está colocado sobre la mesa: aperitivos, manteca, rabanillos, sardinas, salchichón, etc., si se trata de un almuerzo. Si es comida, se empieza por las ostras ó la sopa, que un criado ofrece dando la vuelta á la mesa. Inmediatamente después del marisco se ofrecen enjuagatorios de cristal de agua templada con una rueda de limón para lavarse los dedos y una pequeña servilleta para secarlos.

Sigue el pescado, la carne, las legumbres y el asado con la ensalada; en seguida vienen los entremeses azucarados, el queso, el helado y los postres.

Durante la comida hay que observar las reglas siguientes:

No levantar el plato para apurar la última gota de caldo.

No aspirar con fruición el aroma de los manjares.

No golpear fuerte el plato con los cubiertos.

No llevarse el cuchillo á la boca.

No limpiarlo en el pan.

No colocarse en el cuello la servilleta, sino sobre las rodillas.

No beber con la boca llena.

No servirse del mondadientes en la mesa.

No doblar la servilleta al terminar de comer.

El pescado se come con el tenedor exclusivamente.

La ensalada no se corta nunca.

Los cuchillos con lámina de plata sirven para cortar la fruta.

Las frutas se cortan en cuatro pedazos y se mondan de arriba abajo con ayuda del cuchillo, sujetándolas con el tenedor ó con los dedos.

Todas las carnes y manjares deben venir trinchados, y los dueños de la casa no se ocupan para nada del servicio, al que han de permanecer ajenos.

Los vinos se sirven por la derecha; el criado anuncia: «Vino de X», y se cuidará de que sean lo más variados y finos posible.

Ya no se usa tener los postres en la mesa durante toda la comida; al llegar á ellos, se limpia la mesa y se colocan.

Los helados se sirven en platitos con su cucharilla á cada uno, ó en forma de un gran pastel, al que se van cortando pedazos.

Una persona joven no deberá ofrecer obsequio de fruta á otra de más edad. Si la dueña de la casa sirve por sí misma algún plato, hay que guardar lo que nos ofrezca y no pasarlo á ningún vecino de mesa.

Para estornudar y sonarse, cuídese siempre de hacerlo volviendo la cabeza y tratando de evitar el ruido.

No se debe nadie creer en la obligación de comer de todos los platos, y hay libertad de rehusar alguno.

Para repetir, si no ofrecen, es incorrecto pedir, pero puede aceptarse sin reparo.

A un criado no se le dice nunca «gracias»; basta un signo negativo para que, sin insistir, pase á la persona siguiente. Sin embargo, este uso es poco recomendable y constituye lo que puede llamarse una «elegancia grosera». Nadie de buen sentido puede censurar que se trate con política á los criados.

Las damas inglesas dan siempre las gracias al criado que les ofrece algo, les sirve de guía, etc.

Cuando una persona estornuda, no se dice ya «Jesús» ni otra palabra análoga. Es una costumbre grotesca y un prejuicio ridículo.

En suma, hay que esforzarse por comer con la mayor gracia posible, sin atraer la atención, y siendo con todos cortés y atento.

Para levantarse de la mesa es la dueña de la casa la que da la señal. Así que ella se levanta, su vecino de la derecha debe hacer otro tanto y ofrecerle el brazo para pasar al salón.

Los convidados colocan entonces, sin doblarla, la servilleta que tenían extendida sobre las rodillas en la mesa, á la izquierda del sitio que ocupan, y los hombres ofrecen el brazo derecho á las damas que han conducido, para que ellas puedan conservar el abanico ú otros objetos. Además, el caballero ofrece su brazo á la señora de la derecha, y es natural que sea el brazo derecho.

Del comedor se pasa al salón, donde se sirve el café por los criados; y si aún no se permite fumar, los caballeros que lo desean se retiran al gabinete del dueño de la casa para saborear los cigarros que éste les ofrece y no molestar á las señoras.

Los bailes

El baile es la palestra donde triunfan las mujeres.

Gracias á los artificios del atavío, á los diamantes, á los cosméticos, al efecto de las luces y un traje seductor, una coqueta de regular belleza puede parecer irresistible.

—¿Qué edad tiene esa señora?—preguntaba un caballero viendo á una mujer elegantísima entrar en una sala de baile.

—Veintinueve años—le respondieron los que la conocían.

Un cuarto de hora después llegaba otra joven señora, de la cual se hizo la misma pregunta.

—Veintitrés años—respondieron.

—Pero es hija de la anterior—añadió un malicioso.

Ciertas coquetas conservan su juventud hasta una edad muy avanzada y se defienden de la decrepitud con tal perseverancia, que llegan á prolongar indefinidamente esta edad incierta que toca á la madurez sin llegar á serlo.

Los bailes son sin duda de su agrado, por el gran partido que de ellos saca la belleza. No es cuestión baladí organizarlos para una dueña de casa. Cuando no posea un buen local, vale más abstenerse; no hay nada tan desagradable como formar parte de una sociedad de cien personas apiladas en dos ó tres piezas pequeñas, en que sólo pueden caber veinticinco individuos.

Supongamos que se dispone de un buen local para transformarlo en sala de baile, caso de no tener salones á propósito. Lo principal es decorarlo con arte, bien alfombrado; plantas verdes, flores y luces con profusión. En la antesala se coloca un vestuario bien organizado y el *buffet* se prepara en el comedor. La dueña de la casa ha de establecer un tocador y poner criadas al servicio de las señoras que necesiten reparar cualquier imperfección de su tocado ó atavío.

En suma, cuando se da un baile hay que estar atenta á mil detalles; vale más no ofrecer estas fiestas que hacerlo con precipitación.

Las invitaciones se reparten quince días de antemano, para que los convidados tengan tiempo de preparar sus trajes.

Para una *soirée* ordinaria, el billete de convite lleva la advertencia: «Se bailará.» Tratándose de un gran baile, se es un poco menos lacónico: «El señor y la señora de M... ruegan á los señores de J... que les hagan el honor de asistir al baile que darán el...» (1). Cuando es un baile especial, se añade: «Baile de trajes» ó «Baile blanco». Aunque se haya hecho á algún amigo invitación verbal, hay que repetirla por escrito.

Los trajes de baile requieren gran esmero. Una señora casada no debe asistir mas que descotada. Las jóvenes pueden ir con pequenísimos descotes.

El abanico se conserva en la mano, el *carnet* se prende á la cintura, y la salida de baile y demás objetos se dejan en el vestua-

(1) Véase *Modelos de cartas*.

rio; sólo se puede conservar una *écharpe* ligera, que se echa sobre los hombros cuando se aproximan á la ventana para respirar un poco de aire.

Cuando un caballero desea bailar con una señora á la que ha sido presentado, formula su invitación saludando:

—Señora, ¿quiere usted hacerme el honor de concederme este vals?

Si la dama acepta, puede responder:

—Sí señor; con mucho gusto.

Y en caso contrario, excusarse políticamente:

—Se lo agradezco, caballero, pero estoy un poco fatigada.

La señora que rehusa bailar con un caballero no puede aceptar otro, á menos que no estuviese ya comprometida, y diga al invitarla:

—Gracias, caballero, pero estoy comprometida con el señor M...

En ese caso, si tiene otro baile libre, puede concederlo si lo solicitan, y si se niega, sin tener compromiso anterior, no bailar más.

Conviene apuntar en el *carnet* los bai-

les pedidos. Si por olvido una señora se compromete con dos caballeros para un mismo baile, necesita disculparse confesando su error á los dos y no bailar con ninguno, ni aun en el caso que uno de ellos ceda su derecho.

En cambio, si un caballero olvida venir á reclamar su palabra para el baile, después de esperar unos momentos debe bailar con otro.

Si una joven se fatiga en medio del baile, puede rogar la conduzcan á su asiento y retener á su lado á su caballero ó pasear de su brazo, pero han de separarse al cesar la música.

Una señora puede ir al *buffet* dos ó tres veces en el curso de la noche á tomar dulces y refrescos, pero no con demasiada frecuencia ni con el mismo caballero.

Para asistir á un baile no es de rigor la exactitud; al contrario, es de mal gusto llegar demasiado pronto.

Los dueños de la casa se colocan á la entrada del salón y reciben á sus invitados con una palabra amable. Es de muy buen gusto presentar á los invitados que se reci-

ba por primera vez á los amigos antiguos, á fin de suprimir la cortedad de los recién llegados en un medio extraño.

Hay que cuidar de que sea mayor el número de hombres que el de señoras, para que no se quede ninguna sin bailar. Todos los bailadores han de invitar una vez á la dueña de la casa, la cual aceptará á los que pueda, sin repetir baile con ninguno, y procurará buscar caballeros para que inviten á las señoras que permanezcan sin bailar. No debe una señora tener toda la noche á un caballero por pareja, ni aun en el caso de ser prometidos ó esposos.

Las señoras de edad que no bailan no deben colocarse en primera fila; se necesita que haya un salón íntimo para los que gustan de retirarse á él á conversar.

Una jovencita no puede ir sola al baile, á menos de ser amiga íntima de la dueña de la casa. Las que no van con su madre ú otra señora, sino con su padre, hermano ó cercanos parientes masculinos, son conducidas por la dueña cerca de otras jóvenes, para que estén reunidas y conversen.

Los hombres van vestidos de frac, y de

smoking los jovencitos; el sombrero, abrigo, etc., se deja en el vestuario. Durante el baile, los caballeros prestan mil servicios á sus parejas: las acompañan al *buffet*, les ayudan á ponerse la salida de baile, etcétera. Nunca se empezará á bailar sin haber saludado antes á los dueños de la casa.

Una persona que no sepa bailar bien debe abstenerse de hacerlo. Los que bailan cuidarán de la elegancia de la figura y de que los bustos enlazados no se toquen nunca.

El cotillón es uno de los bailes más preferidos, y requiere grandes cuidados de parte de la dueña de la casa para organizarlo y que los bailadores lleven recuerdos gratos de aquellos deliciosos momentos. Los caballeros dan una prueba de amabilidad ofreciendo las preseas á sus parejas.

Del que dirige el cotillón depende el éxito de este baile. Es necesario confiarlo á un caballero experimentado, que una la alegría á un tacto perfecto y á mucha elegancia. Las figuras principales son las siguientes:

1.^a La dama se sienta en un almoha-

dón, y los caballeros hacen sucesivamente ademán de arrodillarse, pero ella lo impide á todos, excepto á aquel con quien desea bailar.

2.^a La dama sube sobre una silla con una bujía encendida en la mano; dos bailaradores tratan de soplar la bujía; el que lo consigue baila con ella, y el otro les sigue llevándola encendida.

3.^a Al cabo de una varita se fija un hilo con una flor, y el caballero que la arrebatata baila con la dama que sostenía la varita.

4.^a Una dama sentada sostiene un espejo; los caballeros vienen á mirarse en él, y ella borra con el pañuelo la imagen de los que rehusa.

5.^a Una pareja distribuye tamborcillos de diferentes colores; á una señal, las damas danzan con los caballeros que llevan sus colores.

6.^a Bajo un arco formado de cintas y rosas, se sujeta una campanilla y una cestita llena de pétalos de flores. Una cinta que corresponde á la campana y otra á la cesta, ó ambas, son sujetadas por una dama,

que, á su capricho, hace sonar la campana ó caer los pétalos. El caballero cubierto con ellos no puede bailar.

7.^a Grandes margaritas blancas se distribuyen entre las damas, y pequeñas margaritas de diferente color forman el adorno de los caballeros. A una señal del caballero director, cada dama tira uno de los pétalos de su flor, y el último pétalo por un movimiento de báscula; el corazón de la margarita se vuelve, y según el matiz que ostenta, responde á los colores de los caballeros y se forman las parejas.

Existen aún mil figuras que sería demasiado largo enumerar, pues cada año las hay nuevas. Los objetos que sirven para ellas los disponen los dueños de la casa y los regalan. Sin duda este baile gusta tanto por la libertad de elegir parejas que ofrece y la franca alegría que en él reina.

Su final es sumamente bonito. El director y su pareja se cogen de la mano y van á saludar á los dueños de la casa. Levantan en seguida los brazos de modo que todas las parejas pasen por debajo de ellos. Cada

pareja saluda, se vuelve y levanta el brazo, formando una larga galería, bajo la que cruzan todos los bailarines. Pasado el último, se cogen del brazo las parejas y cesa la música.

Cuando después del cotillón hay cena, generalmente es en pequeñas mesitas; un caballero dará pruebas de delicadeza procurando, si acompaña á una joven soltera, invitar á la misma mesa á sus padres, y no invitando jamás, á no ser con permiso del interesado, á una señorita comprometida ó señora casada.

De la misma manera el último caballero con quien ha bailado acompaña á la señora al vestuario, le da el número de orden y le ayuda á ponerse el abrigo.

Llegado el momento de marchar, los que se retiran no se despiden de nadie, excepto de los dueños de la casa, á los que bajo ningún pretexto se dejará de darles las gracias por sus amabilidades. Se escoge el momento en que están solos y se despide lo más discretamente posible, para evitar que el ejemplo sea seguido demasiado pronto. Nada hay tan enojoso como interrumpir

pir una fiesta con despedidas. Si los que se marchan son señoras solas, su caballero debe acompañarlas hasta el vestíbulo y esperar que suban al coche.

Los teatros

En este capítulo necesitamos tratar dos cosas diferentes: las leyes que la etiqueta impone á las personas que asisten á los teatros y las que se observan en los salones donde se representan comedias de aficionados.

A los teatros no es costumbre que vaya una dama sola; en defecto de su familia, siempre la acompaña alguna persona amiga del uno ó del otro sexo.

En los palcos, el asiento de la derecha del delantero pertenece á la persona á quien se desea honrar, si el palco es de los que están al frente del escenario; en otro caso, el puesto de honor es, naturalmente, el que permita ver mejor.

Los sitios de delante pertenecen exclusivamente á las mujeres; los caballeros se colocan un poco detrás, aunque los puestos

de delante estén desocupados. Un padre cede el sitio de delante á su hija, por niña que sea. En los teatros elegantes y en las *soirées* de gala las mujeres jóvenes ocupan el delantero de los palcos.

Es de mal gusto para una mujer hablar alto y reír á carcajadas en el teatro, lo mismo que demostrar mucho entusiasmo ó desdén exagerado por la función que representan.

No deberá mirar con insistencia á las personas amigas que asisten á la función, ni fijar los gemelos demasiado sobre ninguna persona, así como también es necesario aparentar que no se preocupan de si se es ó no mirada una misma.

Se saluda á los conocidos, según el grado de confianza, más ó menos expresivamente, evitando grandes gestos, llamadas y señas con el abanico, pañuelo, etc.

En los entreactos, los caballeros solos van á visitar á sus conocidas á los otros palcos; si una dama de edad ó de posición elevada se encuentra en la sala, las mujeres más jóvenes van á visitarla, si están autorizadas para ello.

Las personas que están sentadas en las butacas dejan generalmente su puesto durante los entreactos, y las damas de los palcos entran en el gabinete de éstos ó cambian entre sí de sitio.

Un marido no debe dejar á su mujer sola en las butacas; ha de aprovechar el momento en que algún amigo le haga compañía, para ir á saludar á otras personas. Una mujer sola no abandona su puesto en los entreactos, y para ir al *foyer* ó á los pasillos se necesita que la acompañe un caballero, aunque sean dos ó tres mujeres.

Respecto á la *toilette*, las damas que asisten en los grandes teatros de ópera ó de lujo á palcos y puestos distinguidos los días de moda, necesitan ir descotadas en traje de ceremonia, y los días ordinarios con vestido de calle elegante y sombrero. Éstos ya es sabido que sólo se pueden llevar á palco.

Las comedias de salón se organizan en casa, bien en teatritos á propósito, bien habilitando el salón ó al aire libre. En el primer caso nada hay que advertir para el arreglo del local; los pequeños teatritos que hacen construir las damas en sus casas tie-

nen todo el mecanismo de los grandes templos de Talía.

En el segundo caso, lo mejor es dos salones que se comuniquen con una arcada; en ésta se coloca el portier, que pueda correrse con dos cordones para servir de telón, y en el fondo biombos, detrás de los cuales se ocultan los actores cuando lo exija el juego escénico. Para que la representación sea bien visible hay dos sistemas: elevar la escena con un tablado hasta una altura de 40 centímetros, ó elevar las butacas de las últimas filas de espectadores, no dejando mas que tres filas al mismo nivel. Si se dispone de un solo salón, se coloca el escenario en uno de sus extremos.

En un jardín al aire libre, la escena es más fácil de disponer; basta un bastidor para sostener el telón, puesto que el fondo natural sirve de decoración.

El escoger la pieza y la designación de actores son cosas delicadas, que reclaman todo el tacto de la dueña de la casa. Se necesita que la pieza sea interesante, moral, alegre, y al mismo tiempo poco conocida, para ofrecer aún más interés á los

espectadores. Las amigas que en ella tomen parte es preciso que sean bien conocidas de la dueña, á fin de que no haya familiaridades ni atrevimientos que puedan ocasionar un disgusto ó prestarse á las murmuraciones. A las personas de edad no se les debe pedir que formen parte de la compañía, á no ser con un papel que no las ponga en ridículo. La dueña de la casa deberá abstenerse de tomar parte, y si lo hace, ceder á sus amigas los papeles más importantes; no debe verse en la representación que todo esté dispuesto para la apoteosis de la señora.

Los ensayos se necesita que los dirija persona competente, y que exija trabajen todos seriamente. Es de mal gusto tomar á broma una cosa en que los otros demuestran interés.

Los actores pondrán todo su esmero en representar bien su papel y vestir con propiedad la figura que se les confie.

El que se encargue de un monólogo necesita conocer bien sus facultades dramáticas ó cómicas, para estar de acuerdo con él, y lo mismo puede decirse de los otros

papeles. Nada tan ridículo como una señora de cuarenta años en un papel de ingenua.

Respecto á las reglas de sociedad que han de observarse con los espectadores, son las mismas señaladas en toda recepción, y excusado es decir que á las señoras y personas respetables les están reservadas las primeras filas de butacas y los puestos de preferencia. Sería conveniente tener los sitios destinados de antemano, é ir colocando en ellos á los invitados á su llegada. Los caballeros que ocupen un asiento están obligados á cederlo á cualquier señora que esté de pie.

Las dueñas de la casa deben cuidar de no invitar más personas que localidades haya, á fin de que no quede de pie nadie durante la representación.

Si una persona invitada no puede asistir, debe devolver con tiempo su invitación á la dueña de la casa, para que disponga de ella y no haya sitio vacío en su salón. En ningún caso puede un invitado enviar otras personas en su lugar.

Los viajes

Lo más importante para emprender un viaje es conocer el idioma del país que se va á visitar, sin lo cual todo se vuelven disgustos y dificultades.

En viaje es preciso dejar á un lado costumbres y caprichos, para no emponzoñar los placeres con exigencias incompatibles con su situación. Las damas de salud delicada, que fácilmente se fatigan ó no pueden pasear sin los refinamientos del lujo y del *confort*, que no se encuentra siempre en los hoteles, no pueden ser agradables compañeras de viaje y deben no emprenderlos.

Importa antes de embarcarse para un viaje, ya sea en vapor, ferrocarril, etc., cuidar bien de los bagajes. Dos maletas de

medianas dimensiones son preferibles á una grande. Si se lleva gran equipaje, son mejor los baúles-mundos, que se facturan, y de los cuales cuidan los mozos de los hoteles. Sale algo caro, pero de no poder viajar con comodidad, es preferible quedarse en casa.

El saquito de noche puede llevarse á mano, con los objetos necesarios para la *toilette*, la cual puede hacerse siempre con toda comodidad en el camarote del vapor ó en el coche-cama del ferrocarril. Entre los objetos siempre necesarios á mano, son indispensables el *carner*, tarjetas, sobres, sellos, lápiz-tinta, cortaplumas, tijeras, frasco de sales, neceser de costuras, de limpieza, jabones, perfumes, cepillos, peines, etcétera.

Si se ha de tomar algo de comer en el vagón, no debe olvidarse una cestita con todas las comodidades necesarias á las personas distinguidas: platos, cubiertos, servilletas, etc.

Se cuidará mucho de no ocupar los asientos con objetos y no llevar perfumes exagerados ni alimentos de olor fuerte que

puedan incomodar á los otros viajeros, y hay que colocarlo todo en las redes destinadas al efecto, bien sujetos. De ninguna manera se introducirá furtivamente ningún animalito en el vagón, y los caballeros se abstendrán de fumar en los vagones que no estén destinados á este uso, así como de molestar á las señoras en los reservados.

Las formas que observa en un viaje toda persona educada son las mismas de sociedad: las mujeres procurarán no descomponer sus vestidos ni tocados y los hombres guardar siempre actitudes correctas.

Las conversaciones exigen gran discreción: no nombrar cuando se habla entre sí á las personas de quienes se trata, y que pudieran ser conocidas de las que escuchan.

En la conversación con los otros viajeros no se debe pasar de términos generales, no hablar de nuestra vida íntima ni hacer preguntas sobre la suya. Asimismo se evitarán también las discusiones sobre países, religión, etc.

No se puede ofrecer nunca á personas desconocidas que participen de la comida.

Sólo un viaje largo autoriza á ofrecer una fruta ó un bombón.

El hablar continuamente resulta molesto para los otros vecinos que reflexionan ó leen, y debe evitarse.

Las señoras no ofrecen su sitio mas que á otra dama de más edad, y aun esto no es obligatorio. Los caballeros ofrecen el sitio de preferencia á las señoras si van solos; en caso de acompañar á otra dama, no ceden jamás su puesto cerca de ella.

Se cuidará mucho de no establecer corrientes de aire. La persona que ocupa un ángulo de un vagón está autorizada á bajar el cristal que haya cerca de ella, pero si el del otro extremo está abierto, se abstendrá de ello.

Sin embargo, al cabo de cierto tiempo le es permitido buscar un poco de aire. Entonces se ruega cortésmente á la persona que ocupa el otro ángulo que cierre su ventanilla.

En viaje se encuentra gente de todos los caracteres y de todas las condiciones, y hay que ir siempre prevenidos y procurar ver qué clase de compañeros nos ha toca-

do en suerte, para trazarse la línea de conducta.

Por prudencia y por higiene no se deben aceptar de ningún extraño almohadas ni mantas, ni beber en un mismo vaso; todo eso puede ser origen de enfermedades contagiosas.

Los trajes de camino necesitan ser prácticos; la seda da resultados excelentes, porque se le pega menos el polvo. El color gris es preferible á los otros. Las hechuras han de ser sencillas, poco ajustadas, la falda corta y los zapatos sólidos, de tacones planos y cómodos. Todo ha de tender á la comodidad y á no embarazar los movimientos. Los velitos, que impiden que penetre el polvo en los ojos y las vías respiratorias, son recomendables.

Se debe uno conformar siempre con los usos del país en que se encuentra. Por ejemplo, en Inglaterra es costumbre vestir traje claro de *soirée* para comer, hasta en los hoteles, y sería de mal efecto presentarse á la mesa en traje de mañana ó de paseo.

En los hoteles, una señora no puede sa-

lir de su departamento mas que en traje de calle. Las *déshabillés*, trajes de casa, etcétera, están absolutamente fuera de lugar, por ricos que sean.

Según el hotel, se debe vestir de manera más ó menos elegante, y no hacerse notar por demasiada negligencia ó por una exhibición de trajes exagerada.

Las jovencitas no van á los salones del hotel mas que con sus padres ó acompañadas de la institutriz y otra persona respetable.

En todo hotel ó *restaurant*, una persona educada hablará sin levantar demasiado la voz y sin demandar con imperio la ayuda de los servidores ni mostrar disgusto por los manjares. En todas partes las reglas de la buena educación son idénticas.

En un casino, los salones de lectura están destinados á leer, y no se deben convertir en sala de conversación, incomodando á los demás. Las mujeres suelen olvidar esto para cambiar impresiones, y se hacen insoportables. No se debe conservar un periódico que no se lea sobre las rodillas, porque los otros lectores pueden desearlo

mientras. Si una persona viene á pedir que se lo demos después de terminado, se le puede llevar ó enviárselo.

En el salón de baile, una señora puede no aceptar bailar con persona que no le haya sido presentada, sin tener por eso que privarse de bailar con otros.

Si se llevan cartas de presentación para personas de la localidad que se visita, se envían éstas acompañadas de una tarjeta rogando día y hora para ser recibido y advirtiéndole el tiempo que se va á detener allí.

De no ser casas conocidas, es preferible parar en un hotel y no aceptar invitaciones.

No puede nadie dejarse guiar por sus impresiones; se encuentran personas que parecen perfectas en todos sentidos, honradez, educación, inteligencia, fortuna, etc., y luego resultan unos aventureros. Así, por regla general, debe evitarse intimar con persona de quien no se tenga exacto conocimiento.

Los "sports."

Los *sports* están demasiado á la orden del día para pasarlos en silencio: tienen sus detractores y sus defensores apasionados.

Lo cierto es que la equitación, el automovilismo, las bicicletas, la natación, el canotaje, la esgrima, los juegos al aire libre, el patinaje, los ejercicios de tiro y hasta las ascensiones en globo, cuentan con gran número de adeptos en el sexo femenino, y que no abusando de estos ejercicios tienen gran valor dentro de la vida sedentaria de las grandes ciudades para la higiene de las mujeres.

La bicicleta es contraria á toda persona cuyo corazón no funcione normalmente, y sus esfuerzos pueden causarle accidentes mortales. Éste, como todo *sport*, no debe

practicarse sin previa consulta de un médico.

Para ir en bicicleta ó á caballo, remar ó nadar, y en general para todo *sport*, no han de llevarse corsés que dificulten la entrada del aire en los pulmones, cuya dilatación se hace mayor con el ejercicio. Esto es en todos los juegos. Se debe llevar un cinturón que sujete el talle sin apretarlo, nada de guantes, ligas ni trajes ajustados.

En automóvil y ejercicios de velocidad, es indispensable un velo espeso que proteja la respiración y los ojos.

Como en todo cuando interviene la mujer, la cuestión de traje se impone. Los trajes de juegos deportivos, *cricket*, *lawn-tennis*, *golf*, etc., la gimnasia, la esgrima y las ascensiones en globo, son todos semejantes. Faldas cortas, blusas sencillas de cuello vuelto y mangas de puño parecidas á las camisas de los hombres, y peinado bien sujeto, de acuerdo todo con las prescripciones higiénicas que dejamos apuntadas.

Para canotaje, los trajes son también iguales en la forma, pero se eligen los colores preferidos por los marinos, azul y blan-

co, y se colocan á las blusas grandes cuellos marineros y corbatas.

El traje de equitación sigue siendo siempre la amazona obscura, forma sastre, con cuello y corbata de hombre y sombrerito redondo. Las grandes colas que antes se llevaban en las faldas no se usan ya. El único traje de *sport* feo es el de automóvil, y las damas se someten á él sin protesta. Semejante al traje de amazona, muy corto, es el de tiro y cacería, y el de patinar se hace con pieles de gran abrigo. Los trajes para nadar son de pantalón y blusa de manga corta; bajo esta blusa se coloca una camiseta y un corsé de correíllas que sostiene el pecho. Algunas señoras llevan también medias y zapatos.

En todos estos *sports* toman siempre parte personas de ambos sexos, y hay que recomendar la mayor corrección.

Generalmente, en toda partida las señoras tienen esposos, padres, hermanos ó parientes, cuya compañía debe ser preferida, y á los cuales se dirigirán cuando tengan necesidad de ser ayudadas.

Por ningún concepto una señora puede

ir sola á partidas de *sport* á las cuales no asista ningún hombre de su familia, ni permitirse nadar con personas que no sean de la mayor intimidad.

Hay que cuidar mucho de que, entre la confianza de camaradas que el *sport* establece, las señoras no pierdan nada en las deferencias y respetos que se les deben.

Desde luego es innecesario advertir que los hombres prestarán sus servicios á las damas; pero que éstas no han de exigirlos ni ser demasiado molestas, pidiendo siempre atenciones y ayuda ó embarazando la libertad necesaria á esos ejercicios.

Los lutos

Por penoso que esto sea, es necesario hablar de los lutos.

Abordemos de frente la cuestión si no queremos renovar la célebre anécdota del anciano príncipe de Haunitz, que había prohibido pronunciar delante de él la palabra «muerte». Una vez que tuvieron que comunicarle la muerte de su íntimo amigo el barón de Bínder, su lector tuvo que buscar el siguiente rodeo:

—No se encuentra ya en ninguna parte el barón de Bínder.

Veamos, pues, lo que los usos establecidos prescriben para los lutos.

Los vestidos no son signos de pena; se puede tener el alma alegre con vestidos de crespón, y en estos casos es precisamente

cuando se piensa en la forma de llevarlos con elegancia. Con un dolor verdad no inquietan la moda y sus exigencias, y tanto da unos vestidos como otros. Sin embargo, la moda prescribe determinadas formas y duración de los lutos.

En la Edad Media los lutos consistían en la manera de llevar los trajes más que en el color. Los reyes lo llevaban violeta y las reinas blanco. Ana de Bretaña fué la primera en llevar el luto negro.

Más tarde se llevó tan adelante el rigor, que no se llevaba sólo el luto en los vestidos, sino también en los enseres de casa, en los coches, etc. Los cubiertos se usaban en la mesa con mangos negros. Se llegó á revestir las paredes con tapicerías negras y recibir con las habitaciones á oscuras.

Poco á poco ese rigor ha ido cediendo: los lutos se guardan como un respeto á la costumbre solamente, aunque hay casos de sentimiento verdadero en que una persona lo conserva toda la vida.

Los lutos rigurosos son los de los padres, esposos, suegros, abuelos, hijos mayores, yernos, nueras y hermanos. Los lu-

tos simples son de tíos, primos y padrinos. Por los niños pequeños y los amigos no se lleva luto, aunque sean muy queridos.

La duración del luto depende de las costumbres de la localidad; en los pueblos y ciudades suele prolongarse más que en las grandes capitales.

En estas últimas la duración es la siguiente:

Vindo.	1 año luto y 3 meses medio luto.
Padres.	1 id. id. y 3 id. id.
Suegros.	9 meses id. y 2 id. id.
Hermanos y cuñados.	6 id. id. y 1 id. id.
Tíos.	3 id. id. y 1 id. id.
Primos.	1 id. id. (á voluntad).

Durante las seis primeras semanas de un luto riguroso, las señoras llevarán traje de cachemir negro con alto biés de crespón, sombrero de crespón y velo á la cara. Después este último se sustituye por el gran velo flotante á la espalda, y en los últimos meses sólo velo de tul. Los guantes son de Suecia, negros, los zapatos mates, los pañuelos con jaretón y cifras negros, y las sombrillas, paraguas, manguitos, portamonedas y tarjeteros, negros..

El medio luto se lleva en lanilla ó seda, según la estación; los colores son gris, violeta, blanco y negro, malva, pensamiento, heliotropo y lila. Se admite ya el sombrero con plumas, pájaros y flores. Los diamantes y las perlas se permiten en las orejas desde las seis semanas del luto.

Una señora elegante suprimirá las libreas de los criados mientras dure el luto, adoptando para ellos trajes negros.

Los niños de menos de cuatro años no llevan más luto que el de sus padres, blanco y negro ó blanco y gris. De doce años en adelante lo llevan en la misma forma por todas las personas de la familia.

Durante la primera mitad de un luto se les priva de toda distracción, hasta de los paseos públicos en donde se den conciertos, pero pueden continuar sus estudios musicales. Durante la segunda mitad del luto se permiten los teatros serios en días que no sean de moda.

Las visitas de pésame se hacen en los primeros meses que siguen á la desgracia, y mejor todavía en la primera quincena.

La persona afligida por una pérdida no puede recibir.

Las cartas de pésame se contestan á las seis semanas, y ya desde esa época pueden devolverse visitas, pero no se cae en falta dejando transcurrir sin hacerlas todo el período del luto riguroso.

Transcurrido este período, se está facultado á aceptar invitaciones para comer en casa de los amigos y hasta para reuniones musicales, á condición de que no tengan carácter de gran recepción.

Se podrá también mostrar al público de visita en casa de los amigos, en recepciones académicas y conferencias. Del mismo modo se está autorizado á ofrecer comidas íntimas.

En las provincias existe la costumbre de rezar el rosario nueve noches en la casa del difunto; esto obliga á la familia á estar en contacto con el mundo en los momentos de más dolor, y es una costumbre que no se acepta entre gentes distinguidas. Se participa con esquelas la muerte á los amigos, pero los actos de devoción deben ser privados de la familia. Suelen muchos tener la

costumbre de enviar todos los años tarjetas ilustradas y máximas que recuerdan la triste fecha á las personas de su aprecio.

Los viudos que se casan harán bien en suprimir desde ese día el luto y toda manifestación de duelo.

En España las mujeres no acompañan los entierros. Éstos deben ser presididos por los parientes más cercanos y las personas más respetables. Sin embargo, si el dolor impidiera á la familia cumplir tan triste deber, la reemplazará otro pariente ó un amigo íntimo.

Todos los amigos de la familia están obligados á ir á la casa mortuoria y acompañar el cadáver á la última morada. Los amigos íntimos deben acompañar á las señoras en esos tristes momentos, pero no es obligatorio.

Los hombres pueden llevar el luto sólo con ponerse una gasa en el sombrero y otra á guisa de brazalete en la mitad superior del brazo izquierdo. Ya muchas mujeres á las cuales la posición social no les permite otra cosa, siguen el mismo uso. Han de abstenerse de joyas, cadenas de oro, botones

de metal y vestidos ó corbatas de colores vivos.

Los militares y todas las personas que hayan de vestir uniforme no pueden llevar más luto que la banda de crespón en el brazo izquierdo.



La correspondencia

La cuestión de la correspondencia es importante siempre en el arte de saber vivir (1).

Empecemos por la clase de papel. Éste ha de ser elegante, distinguido ó impregnado del mismo perfume que acostumbre á usar su propietaria. Las jovencitas pueden permitirse emplear papeles con dibujos; las señoras que se acercan á los treinta han de gastar un papel de seriedad irreprochable.

Los colores chillones, amarillo, rosa y verde deben evitarse. El gris es distinguido, lo mismo que el malva claro, pero el papel blanco ó hueso de buena calidad es preferible en todo caso.

(1) Acosejamos consultar el libro *Modelos de cartas*.

Hay quien exagera el luto para escribir en papel negro ó violeta; recomendamos sólo un filete gris á su alrededor ó sólo el ángulo izquierdo. El papel puede timbrarse con nombre, apellido y dirección ó con el nombre é iniciales sólo. Poner lemas, retratos, etc., resulta poco serio. Las cartas deben contestarse dentro de los ocho días en que se han recibido, y antes si se trata de un asunto urgente ó la cortesía obliga á ello.

El encabezamiento de las cartas depende del grado de confianza. La palabra *querido* está autorizada entre amigos y personas de igual condición ó familiaridad. Una señora puede usar, dirigiéndose á un caballero de su amistad: *Querido señor y amigo* ó *Querido señor*. *Querido amigo* es de mucha intimidad. En casos de etiqueta se emplea *Muy señor mío*.

Si se dirige á una persona que posee título, se dice: *Señor General*, *Señora Condesa* ó *Querida Marquesa*, *Distinguido señor Duque*.

A las princesas se les puede escribir, por elegancia, dándoles su título sólo: *Princesa*.

En cuanto al estilo, depende del talento de la que escribe: debe cuidarse siempre y ser más ó menos breve, según el caso y la confianza que medie. Aconsejamos lo concisión. No se debe obligar á un indiferente á leer una larga carta; en caso de necesitar más de cuatro carillas, se añade otro pliego. Jamás se ha de cruzar lo escrito ni emplear medios pliegos.

Se empezará la carta hacia la mitad de la primera carilla, y en la tercera parte cada una de las siguientes, sin aprovechar demasiado el papel ni exagerar los blancos que se dejan. Las abreviaturas no se usan nunca.

La letra debe ser clara, que se lea con facilidad; la escritura á máquina tiene la ventaja de poder dictar las cartas al secretario, hasta para las personas de intimidad, etiqueta ó que pertenecen á la familia, á todas las cuales es de rigor escribirles directamente.

La despedida suele ser objeto de muchas preocupaciones, y sin embargo, nada más fácil que escoger entre tres ó cuatro fórmulas, cuando no se tiene facilidad para dar un giro final al último párrafo.

De igual á igual, se emplea sólo *su amiga, su afectísima*; de mayor etiqueta, se añade *q. s. m. b. (que su mano besa)*, y para superiores ó personas de respeto, *su respetuosa admiradora, su agradecida amiga*, etcétera (según los casos), y agregando siempre *q. s. m. b.*

Es natural que entre familias y personas de gran estima sean admitidas todas las frases de afecto.

Cuando se escribe á una persona por primera vez, puede decirse: «Celebro que esta ocasión me permita el placer de ofrecer á usted mi consideración», ó «mi amistad», ó «mi admiración», etc.

Cuando las personas á quienes se escribe tienen tratamiento, si no se conocen ó media amistad se hace necesario dárselo, empleando las abreviaturas (1).

Para la firma es de rigor el nombre y apellido si no se dirige á persona de confianza, y simplemente el nombre en cartas familiares.

Las personas tituladas firman con su

(1) Todas pueden encontrarse en *Modelos de cartas*.

título en lugar del nombre, cuando no se dirigen á sus íntimos. Una señora casada ó viuda añade siempre á su apellido el de su esposo, ó *Viuda de...*

La rúbrica ha de ser sencilla y debajo de ella la fecha, cuando se escribe á personas de respeto. En otro caso puede ir la fecha al empezar la carta.

Es una costumbre laudable repetir al pie de cada carta la dirección, por si la persona á quien nos dirigimos la ignora ó la ha olvidado. Toda señora tendrá, para el caso en que así no se haga, un libro en donde se encuentren las direcciones por orden alfabético de apellidos.

Algunas personas garrapatean su nombre de modo que se hace ininteligible y muchas veces cuesta trabajo adivinar de quién es la carta.

Las posdatas largas no se admiten, y en general no deben emplearse. Indican desorden mental, ó la monomanía de creerse siempre que se olvida algo, ó temor de no ser comprendidos.

Las tarjetas postales no se usan mas que entre personas de mucha confianza ó

inferiores, y aun así para asuntos poco importantes.

El empleo de esquelitas es propio tratándose de amigos, y los *besalmanos* en casos de ceremonia.

En todo esto no puede darse una regla fija, porque el buen sentido y el buen gusto son la mejor norma de todo.

Tarjetas de visita

El uso de las tarjetas de visita ha llegado al abuso, y será bueno marcar algunas reglas para su acertado empleo.

Para ofrecer la casa, invitaciones, etcétera, no se debe emplear la tarjeta de visita, sino impresos hechos á propósito ó cartas.

El uso de las tarjetas está limitado á dejarlas en las casas á que se va de visita si no se encuentra á los dueños, ó darlas si no es día de recepción para anunciarse. Por el correo sólo se cambian durante las pascuas y día primero de año. Entonces equivalen á una felicitación. Toda tarjeta que se recibe hay que contestarla con otra.

A veces se toleran en ella algunas palabras familiares, pocas: *recuerdos, muchas gracias, un saludo, etc.*

La distinción de las tarjetas consiste en ser de muy buena cartulina flexible, sin adornos, de una letra sencilla. Nada más vulgar que las letras góticas y las rodeadas de adornos.

Las señoras escriben en la tarjeta su nombre y apellido y el del marido. Si tiene título, puede poner éste solamente, ó bien precediendo al nombre. Las viudas ponen sólo *Viuda de X*, ó bien su nombre y después esto. Los hombres ponen en la tarjeta la dirección; las mujeres simplemente, á no ser viudas, el día de recepción: *Lunes, desde las cuatro*, ó sólo *Lunes*, etc.

Las jóvenes solteras no usan tarjetas. Cuando se trata de una hija única, se hacen juntas con la de la madre, en esta forma: «*María López de Castro é hija*» ó «*y Matilde*». Si no se imprimen así, cuando una señora va con su hija y deja tarjeta, añade con lápiz debajo de su nombre: «*é hija*» ó «*y sus hijas*», ó bien «*y su hija Dolores*», para distinguirla, en caso de tener varias.

Si una señorita tiene posición sola é independiente fuera de la familia, puede usar tarjeta con su nombre, título ó profesión.

Las jóvenes huérfanas usan tarjetas para sus amigas; en casos de etiqueta figuran en la de su padre, hermanas mayores, tías ó personas de respeto. «Manuela Pérez Jordán y María Menéndez», «Dolores López de Arroyo y su sobrina María», ó «su hermana», etc.

Es incorrecto poner en las tarjetas que deben hacerse juntos los esposos el nombre de la señora antes que el del marido, pues la galantería no es bastante á que éste deje de aparecer siempre en público revestido de su carácter de jefe de la familia.

Estas tarjetas se emplean siempre que se haya de acompañar un regalo ofrecido por ambos esposos.

Cuando se deja la tarjeta de visita en alguna casa cuyos dueños están ausentes, se dobla de arriba abajo, ó bien el ángulo izquierdo superior.

En casos de luto, no es preciso emplear tarjeta toda negra; basta un filete, ó como hemos dicho para las cartas, un pequeño triángulo en el ángulo superior de la derecha.

En presentaciones, si se desea continuar

el trato, se cambian las tarjetas caballeros entre sí y señoras entre ellas.

Una señora viuda ó de cierta edad puede cambiar tarjeta con un caballero que se la haya ofrecido antes, pero no es completamente correcto.

Los nacimientos

La dama elegante no deberá recibir en los últimos meses que preceden al alumbramiento. Su silueta deformada, los cuidados de la higiene, y hasta los de preparar la canastilla para el recién nacido, la alejan de la sociedad.

Nada hay que más deleite á la mujer que el hacer esas ropitas finísimas, esos encajes y esos adornos destinados al ya querido y futuro bebé.

Se debe preparar una cunita en el gabinete de la mamá, sin perjuicio de la que se instale en su habitación ó en la de la nodriza, según quien la lacte. Es muy elegante tener una pequeña canastilla con una envoltura y todos los accesorios que necesita la *toilette* del recién nacido.

Después del alumbramiento, la madre puede recibir en el lecho á su familia y amigas íntimas, y después de levantada, en el gabinete; está autorizada á recibir señoras en elegante *déshabillé*. Para recibir á los caballeros necesita estar en estado de vestirse y pasar al salón, lo menos un mes después del nacimiento del hijo.

Así, los caballeros se limitarán á dejar tarjeta ó visitar al esposo.

A los quince días del nacimiento se envían á los amigos las cartas comunicando la fausta nueva:

«El señor y la señora de X... tienen el gusto de participarle el nacimiento de su hijo Juan.»

Ya se debe fijar el nombre, aunque no se haya verificado el bautizo.

Estas cartas deben contestarse en el acto con palabras afectuosas, pero se espera tres semanas ó un mes para hacer la visita, si no media gran confianza.

Las visitas de esta clase han de ser cortas, y las amigas íntimas llevan algún regalo al recién nacido.

La madre puede devolver las visitas si

el estado de su salud se lo permite, ó excusarse advirtiéndolo á las visitantes que no tendrá el placer de verlas en algún tiempo y darles las gracias por su felicitación.

Con el nacimiento del hijo empieza para la madre una nueva vida; los cuidados del pequeñuelo, las mil enfermedades propias de la primera edad, y más tarde la educación, la absorben y hasta la tiranizan.

Sin embargo, no tiene que olvidar que además de madre es esposa, y que la ternura que conserve del marido, además de hacer su felicidad, contribuirá también á la de su hijo.

Así, conviene que la madre no exagere y atienda al hijo sin descuidar su *toilette*, la vida de sociedad y las atenciones que debe al marido.

En una buena organización hay tiempo para todo. El hijo ha de ser á los ojos del marido una joya más que realce los naturales encantos de la mujer.

Los pequeños cuidados, las preocupaciones, es preciso ocultarlas; el niño, siempre limpio, encantador, en brazos de la nodriza ó la niñera, elegantemente prendi-

do, se le presenta al padre como una flor, como un delicioso juguete; pero en los momentos de trabajo ó de intimidad, en los actos de la vida social en que la mujer deba acompañar al esposo, necesita un sacrificio del amor de madre para apartar al niño de su lado y atender á sus deberes de esposa.

Los bautizos

El bautizo es una alegre fiesta de familia, en que se recibe con placer el nuevo ser que viene á compartir en el hogar las dichas y los dolores de la vida.

Son las fiestas del bautizo análogas á las del matrimonio.

Generalmente son los abuelos ó los padrinos de boda de los padres los que sirven de padrino y de madrina al recién nacido. A falta de éstos, los parientes más cercanos ó amigos más íntimos desempeñan este cargo y los de testigo, ya se trate del bautismo ó de la presentación en el Registro civil.

El cargo de padrino exige grandes dispendios. La madrina debe regalar el traje de bautizo, la capa y la capota, y el pa-

drino pagar los gastos, las propinas y una gran parte de los dulces, etc., del convite.

Cuando el bebé tiene nodriza, ésta es la encargada de llevarlo á la iglesia ó tenerlo en sus brazos en la fiesta de su presentación al Registro.

Dicho se está que en las fiestas en que se celebren comida, baile, etc., se sigue el mismo ceremonial de costumbre. Si hay poca gente y no se prolonga mucho, la madre y el niño pueden estar presentes; pero en baile ó comida, que no es lo general para los bautizos, que se celebran con un simple *lunch*, el niño no debe estar presente, y por su estado delicado de salud se disculpa la asistencia de la madre.

Hay que advertir que los deberes y misión de los padrinos no terminan con la fiesta. Los días del ahijado, pascuas, año nuevo, etc., están obligados á testimoniarle su afecto con un regalo.

El primer vestido de corto, el primer trajecito de hombre en los niños, los primeros aretes de las pequeñuelas, el sonajero y otros mil objetos, son siempre regalados por los padrinos.

En muchas familias se ruega á éstos que designen el nombre del nuevo ser. Es un encargo que no debe aceptarse nunca. Los padres elegirán el nombre de su hijo, y como segundo nombre los padrinos pueden añadir el suyo ú otro que les sea querido.

Interior de la casa

Una vez que hemos examinado cuanto las reglas de la sociedad exigen en sus relaciones con ella, veamos lo que la distinción y talento de la mujer reclaman para el interior de su hogar.

Es triste, tristísimo, ese concepto de la vida que hace guardar la buena vajilla para los convidados, la ropa elegante para la calle y la gracia y amabilidad para prodigarla á los extraños.

Sin duda que á las personas que tratamos en sociedad les debemos mucha consideración, pero no más que la que debemos á las personas de nuestra familia y á nosotros mismos.

Una persona distinguida sabe en el in-

terior de la casa, dentro de la intimidad y la confianza, guardar las reglas del buen tono.

Hay además otra poderosa razón de egoísmo que aconseja á las mujeres no olvidar nunca los detalles de la corrección en el interior de la casa: la elegancia que da el hábito y la costumbre de obrar correctamente.

La existencia de la mujer, en general, se divide en dos fases muy distintas: antes del matrimonio y después de él.

En la primera parte de su vida, la joven se esfuerza por ser grata al amado, despliega todas sus seducciones, su gracia física, su talento. Va, en una palabra, á la conquista de un marido.

La gran dificultad no consiste en encontrarlo, sino en conservar después su amor.

Casada, necesita una gran suma de dulzura, paciencia, indulgencia, igualdad de humor, prudencia, orden y economía.

No es esto, con ser tanto, todo lo que se necesita. La mujer ha de conservar la ilusión; es preciso que aparezca siempre

bella, elegante, distinguida, con deseo de agradar, y que sepa guardar el respeto dentro de la confianza, para que siempre tenga las fórmulas sociales y sea el enamorado que le lleve flores y blondas.

Una mujer, por buena que sea, si se muestra siempre descuidadamente á su marido, acaba por perder para él los encantos.

Verla desde por la mañana sin corsé, despeinada, en desorden, mezclándose en las mil pequeñeces domésticas, regañando y aburriendo al marido con una insulsa charla, parecerá exagerado, pero es el origen de la desgracia de muchos matrimonios.

Así, pues, la mujer necesita en el hogar una discreción suma para no caer nunca en la vulgaridad.

Su primer cuidado consistirá siempre en el buen orden que debe rodear al esposo en todo; ella cuidará su *toilette*, siempre elegante y atractiva, sabrá sacrificar sus preocupaciones para hablarle de lo que á él le interesa, discutir sus asuntos, entretenerlo con lecturas ó una amena conversa-

ción, desprovista de cosas enojosas y vulgares.

Después, cuando el marido va á su trabajo, la mujer se ocupa de las cosas de su casa, evitándole la contemplación de sus quehaceres.

Y aun después de todo esto, la mujer ha de dedicar una parte á la vida de sociedad, rodearse de un círculo de amigos escogidos, donde el esposo se sienta dichoso, y acompañarlo al teatro ó al paseo, sin dispensarlo de que vaya con ella á las visitas y cumplir los deberes de sociedad, en los cuales no ha de ser tampoco demasiado pródiga.

La mujer española es por excelencia buena para el hogar. Afable, modesta, de espíritu delicado, dulce y atrayente, necesita sólo un poco de cuidado para evitar el escollo del abandono y ser reina de su casa.

Es un arte imposible de explicar el que necesita desplegar la mujer: educadora y protectora de sus hijos, amiga y compañera del marido, directora del hogar, es el centro que esparce en todos su dulce influencia benéfica.

En la vejez, la mujer distinguida es siempre joven, porque conserva el espíritu vivo y encantador, la dulzura, la indulgencia, la gracia de la bondad y los sentimientos para ser amada y respetada de todos.

El mobiliario

Una gran parte de la ciencia social que se llama el buen tono consiste en el arreglo de la casa; hay que saberla adornar y amueblar, dando á cada una de las habitaciones el carácter que le es propio y conservando cierta unidad sobre todas ellas y cierta relación con la fortuna que se posee y las funciones que se desempeñan; así, una panoplia está muy bien en el despacho de un militar ó de un cazador, pero sería ridícula en el de un magistrado. Los ricos deben ocultar en un rincón obscuro, ó mejor en un armario ó en un mueble cerrado, su caja de caudales, aun cuando en su exterior sea una obra de arte. Las personas de origen modesto hacen mal en comprar retratos

antiguos con condecoraciones, para hacer creer que son de sus antepasados; nada hay mejor que la modestia. Es más: si su padre las tuvo, han de conservarlas dignamente en un cuadro, pero colocando este cuadro en su gabinete íntimo y mirarlo alguna vez para que les infunda ánimo para vivir rectamente y ser útiles á la patria, no para humillar á los demás con su alcurnia.

Me han contado que un rico mercader de Lyon colgó en la habitación principal de su casa los zuecos con que llegó á la ciudad en donde hizo su fortuna. ¿Era esta exhibición un acto de humildad? A mí me parece más bien el testimonio de un acto de amor propio desmedido; en cambio, tengo gran admiración por la mariscalca Lefebvre, que en un mueble vulgar y oculto conservaba los trajes de vivandera del ejército que había usado en su juventud. Cuando fué duquesa de Dantzic se reían las gentes de su lenguaje, pero respetaban la lealtad de su alma.

El mobiliario variará, como hemos dicho, según la fortuna, el cargo y las personas á quienes haya necesidad de recibir; sin

embargo, se pueden dar algunas reglas generales.

La antesala es una pieza destinada á hacer esperar las visitas ordinarias, y debe instalarse con sencillez. No obstante, su decoración ha de estar relacionada con el interior de la casa, el estilo y el color de los muebles.

Suele colocarse en esta habitación un arcón de madera labrada, algunas sillas, un bastonero con espejo y una mesa con recado de escribir. Las paredes se recubren de papel ó tela con dibujos regulares, y del techo se cuelga una lámpara sencilla.

El comedor, como en la Edad Media los placeres de la mesa eran preferidos á los de la conversación, ocupaba puesto importante en los castillos feudales. Aquellos señores, la parte de su vida que no pasaban cabalgando por los caminos, en la caza ó en la guerra, distraían sus ocios en comer y beber.

El comedor era la habitación más espaciosa y mejor adornada del castillo; cubrían sus muros tapicerías de lana con asuntos tomados de historias, fábulas ó novelas taba-

lherescas. El pavimento cubríalo una estera de paja trenzada ó junco; en el centro una gran mesa de encina y enfrente un armario para la vajilla, que daba siempre idea de la magnificencia del señor. Esta moda se encuentra todavía en el campo. Mas los comedores deben ser alegres, claros, aireados, altos de techo y espaciosos, para facilitar el servicio. Como no siempre es posible encontrar una pieza que reúna estas preciosas condiciones, debemos esforzarnos por sacar el mejor partido de la que tengamos á nuestra disposición. Las dueñas de casa expertas deben consultar el buen sentido antes que la moda, y tener siempre presente que son condiciones esenciales el aire y la luz. Así, descartarán los muebles demasiado severos, las telas espesas, los colores oscuros y los vidrios opacos, sobre todo si la habitación es ya un poco sombría; no hay que olvidar que el exceso de sol fatiga la vista, eleva la temperatura demasiado en el verano y favorece la propagación de los insectos, por lo cual los comedores no deben situarse al Mediodía.

El decorado de este departamento varía.

infinitamente, según el gusto y la posición de cada uno; deben preferirse las pinturas francas, sin brillo, los colores neutros y las tapicerías que representen flores, plantas ó escenas de la vida campestre, y lo mismo los cuadros. El techo no debe ser completamente blanco. Las paredes estarán recubiertas de tela, cuero de Córdoba, papel marrón, rojo ó verde, uniforme ó en franjas; no debe olvidarse que la lana se impregna de los olores y el polvo y los conserva indefinidamente.

Los vidrios de colores hacen siempre buen efecto, y los cortinajes no se pueden suprimir en absoluto, pero es bueno no abusar de ellos.

La mesa no debe ser ni grande ni pequeña para el número de convidados: este es un punto importante. Muy pequeña, causa bastantes molestias, y muy grande, hace que languidezca la conversación. No debe estar muy cerca del fuego, porque haría sufrir al invitado que le tocara este sitio. Habrá un reloj bien arreglado y en un ángulo un espejo grande que permita, si es preciso, reparar algún detalle

del tocado cuando llegue la hora de pasar al salón.

Los estilos admitidos hoy para el comedor son: el gótico, un tanto corrompido ya; el del Renacimiento, con muebles rígidos de nogal ó encina naturales; el Luis XIV, severo y caracterizado por los altos doseles; el Luis XV, gallardo y elegante, tiene numerosos muebles, más cómodos que los del Renacimiento. El estilo moderno ha encontrado para el comedor ingeniosas combinaciones.

De los hermosos comedores del segundo Imperio sólo podemos hablar de memoria; con sus preciosos mueblecitos de caoba, eran muy elegantes, y el barniz daba á la severidad de la pieza una hermosa nota.

Pero el ostracismo de la madera barnizada apenas nos permite hoy consagrar un recuerdo á este estilo desaparecido y declarar que se hacen tímidos esfuerzos para volver á él.

La alcoba tiene por todo mobiliario el lecho, el armario ó cómoda, la mesa de noche, sillones y sillas, que sustituyen el antiguo reclinatorio en las alcobas; se han seguido

todas las modas y todos los estilos: madera dorada con Luis XV, madera pintada con Luis XVI, después caoba, marquetería, madera de las islas y palosanto, para caer por último en la imitación de los estilos antiguos; se ha introducido cierto lujo en lo que concierne á este mobiliario en las clases medias, y hace ya cincuenta años que las alcobas han dejado de estar amuebladas con sencillez. Con frecuencia la alcoba es una pieza de reducidas dimensiones, cuando debía ser, por el contrario, la más aireada y la más soleada de toda la casa: es una condición esencial para la salud y el alargamiento de la vida el que estén higienizadas las horas del sueño, que son las que devuelven al cuerpo fatigado la inteligencia, la lucidez y la energía. Los antiguos sentían la misma indiferencia que nosotros hacia esta ley higiénica, y se ha hablado con asombro de la pequeñez de las alcobas romanas; con frecuencia, no tenían luz mas que por la puerta de entrada, pero si á esto se objeta que los antiguos disfrutaban de más fuerza y salud que nosotros, no debe olvidarse que hacían la vida al aire libre y tenían costum-

bre de ir al gimnasio y practicar largas marchas, que robustecían su organismo.

La alcoba moderna debe ser amplia, accesible al sol fácilmente, aireada y si es posible alejada del ruido y del movimiento. Es preciso tener presente que una enfermedad puede retenernos largo tiempo en esta habitación, que está destinada á recibir, no sólo á una pareja, sino á veces una cuna y la asistencia necesaria.

Las alcobas presentan muchos inconvenientes, que tienden á desaparecer. Un lecho en medio, alrededor del cual el aire circula libremente, sin que las cortinas lo impidan con sus complicaciones, porque son nidos de polvo, de mariposas y de microbios. La chimenea sirve para renovar el aire y presta por tanto servicios de ventilador, á la vez que de aparato de calefacción. Es un error nocivo el de cerrar el tubo, suprimiendo así la corriente de aire que por él se establece.

Las pinturas varían según la fortuna, la tendencia de la moda y el mobiliario: es difícil establecer una regla general; recordemos sólo que el color verde contiene ar-

sénico y puede causar enfermedades y hasta envenenamientos, por lo cual conviene desterrar de la alcoba los papeles de este color. Los tapices colgados sobre las paredes impiden la limpieza completa y conservan los miasmas deletéreos.

Así, los tapices colocados en una alcoba deben levantarse todos los días, y el pavimento necesita limpiarse con zotal ó una substancia odorífera; esto tiene la ventaja de que aleja los insectos y desinfecta.

La alcoba no ha de estar demasiado caliente, y su atmósfera debe renovarse en el momento de entrar en ella para dormir. Lo mejor será no encender fuego en ella. Salvo en caso de enfermedad, nunca debe adquirirse la costumbre de dormir en alcoba caliente.

El lecho moderno es largo, espacioso, bajo y poco complicado; se prescinde ya del jergón compuesto de paja ú hojas de maíz, que ocasionan humedad, polvo y malos olores; el colchón de pluma se impregna fácilmente de microbios epidémicos y se limpia con dificultad; además, hace difícil la circulación del aire alrededor del cuerpo.

El sommier elástico, el colchón de lana y de crin animal ó vegetal, son la mejor composición para la cama. El sommier se compone de muelles metálicos en espiral, ó de cuerdas en tensión fijas á bandas de madera; recordemos el sommier con bandas de caucho colocadas sobre arcos de hierro. Todos estos sommiers guardan su elasticidad, la inclinación que se desea, y por esta razón son preferibles á los colchones de diversas clases superpuestos.

El polvo en una habitación entra con más facilidad que sale, por lo cual es preciso limpiarla completamente, despojándola de muebles y repasando cada uno de éstos por separado, para alejar por completo la suciedad. Deben abrirse las ventanas durante largo tiempo y sacudir todas las ropas de la cama.

No se debe colocar el lecho entre una puerta y la ventana, porque estaría expuesto á una constante corriente de aire desagradable.

Una mujer considera su alcoba como su verdadero reino y gusta siempre de embellecerla, acumulando allí los objetos pre-

feridos y los más bonitos *bibelots*; esta costumbre debe desterrarse.

La alcoba no ha de habitarse mas que á las horas del sueño. Las ventanas estarán abiertas una parte del día en todo tiempo, salvo en las temperaturas húmedas, en cuyo caso bastará airearla un cuarto de hora si hay corriente.

Todos los estilos de amueblamiento convienen á la alcoba. Sin embargo, el severo del Renacimiento, el gracioso de Luis XV ó el de Luis XVI, serán preferibles, según la edad del que debe usarlos. Una joven deberá tener alcoba de Luis XV, azul ó rosa, según sea rubia ó morena; la telas serán de damasco de seda con fondo claro, y las cintas y lazos armonizados. Los mobiliarios ricos suelen estar bordados de ramos y flores; el Luis XVI, con sus pinturas claras, acompañará mejor acaso á la joven; le permite más *bibelots* y más mueblecitos, es más bello y más fértil en sorpresas.

Cualquiera que sea el estilo, la alcoba sólo debe contener los muebles siguientes: lecho, armario, cómoda, consola, mesita-escritorio, otra para el tocado, *chaise longue*,

sillas y butacas. En los muros algunos cuadros si se quiere, pero que no sean paisajes marinos ni naturalezas muertas. Los grabados del siglo XVIII en colores son de buen gusto si se eligen bien.

El baño y el tocador

Las costumbres higiénicas se han generalizado actualmente, y es necesario establecer una sala de baño en las habitaciones de las casas. Lo que era un lujo hace veinte años, es ahora una cosa natural, y en las grandes poblaciones hay salas de baño en todos los pisos. Desgraciadamente, en las poblaciones de poca importancia no se sigue todavía este buen ejemplo y no se observan los tratados de hidroterapia en las reglas que prescriben para la vida ordinaria. Hace falta mucho tiempo para vestirse, salir de casa y acudir al establecimiento de baños; hoy que tienen agua todos los pisos y los procedimientos de calefacción son baratos, debe haber sala de baño en todas las casas.

La sala de baño debe ser muy clara y muy soleada, para que la humedad no la haga fría y malsana; las ventanas y las puertas estarán bien protegidas contra el aire, y si el clima es extremo, deben usarse cerraduras dobles. Cuando las dimensiones del departamento lo permitan, es preciso colocar las calderas y el generador en una pieza contigua; así se evita la elevación de temperatura y todos los inconvenientes que resultan de la contigüidad de estos aparatos. En cuanto á la instalación propiamente dicha de la sala de baño, está subordinada á la situación económica, el gusto y el lujo de cada uno.

Deben, sin embargo, observarse algunas reglas importantes: alejar todas las combinaciones de pinturas subidas de tono; los intersticios del piso, que se impregnan de humedad y de miasmas en las salas de baño, deben siempre estar revestidos de cemento, estuco ó mármol, y así se asegura la salubridad y se recoge el agua que se derrama en las duchas.

La elección de la bañera es importante; debe ser de materia bastante sólida para

resistir los ataques de las sustancias sulfurosas, etc., que entran en la composición de la mayor parte de los baños y poder conservarse brillante, sin tener ornamentos de conservación difícil. La bañera de cinc se oxida y se engrasa; es preferible la bañera de cobre estañada en su interior, pero se corre el riesgo de que la presencia de los vapores deje el cobre al descubierto. El cobre niquelado es muy caro, pero tiene hermosa apariencia y resulta sólido. La bañera de mármol es también muy hermosa y se rompe difícilmente. Los romanos habían adoptado la bañera de mármol porque esta substancia es muy común en Italia; las hay que son verdaderos objetos de arte, admirados por todo el mundo en los museos de París, Nápoles, Florencia y Roma. También existen hermosas bañeras antiguas de pórfito.

La forma de la bañera es variable; se adopta generalmente la forma ovoidal con una cabecera, lo que tiene la ventaja de contener menos agua que la antigua bañera bajel. Las embutidas en el suelo, sistema oriental, son de acceso más cómodo, sobre

todo en casos de enfermedad, y debe preferirse este sistema cuando las condiciones de la casa lo permitan.

Los tapices de linoleum, ó tela encerada, protegen el pavimento y son menos fríos y desagradables que los pisos de mármol ó estuco. Bajo la bañera es necesario colocar una malla de plomo, que evita la humedad mejor que el linoleum.

Además de los aparatos de hidroterapia, la sala de baño debe contener: una *chaise longue* en que poder tenderse durante las fricciones y los masajes, y aun para gustar un poco de reposo después del baño; un armario en el cual se guarda la lencería necesaria, los ingredientes empleados en los baños, los guantes de crin y los accesorios para las fricciones.

Si la sala de baño sirve al mismo tiempo de gabinete de tocador, hay que amueblarla en consonancia. Los espejos deben ser colocados en el interior de los armarios ó replegarse sobre sí mismos, para que la acción del vapor no los empañe. Por lo demás, esta combinación de sala de baño y tocador debe ser rechazada como

defectuosa y malsana, si no es absolutamente necesaria.

Todas las mujeres desean un tocador elegante y cómodo: es el cómplice de su coquetería y el auxiliar de su salud.

Un tocador puede ser lujoso, pero debe ser siempre confortable. Antiguamente las abluciones estaban reducidas á su más mínima expresión; no es, pues, sorprendente el que su mobiliario fuese rico y lujoso. Las pinturas de alto precio cubrían las paredes y el techo; el oro de las tapicerías alternaba con las obras maestras, porque servían á la vez para recibir visitas. Actualmente todas las cosas lindas han desaparecido, porque el agua es allí reina y señora. El *tub*, la ducha, las copiosas abluciones de agua caliente y fría, exigen un mobiliario menos frágil, y los muros se recubren de telas claras ó papel floreado; el buen gusto exige colores claros que favorezcan el tocado de las damas.

El lujo permite todas las fantasías: pinturas murales, las cortinas de muselina, las sederías antiguas, los tapices blandos de colores pálidos; numerosos espejos ó arma-

rios de luna colocados con habilidad constituyen lo más usual en estas habitaciones. En un tocador lujoso no debe haber ningún utensilio que sirva para la *toilette*, fuera de dos grandes mesas, una para el tocado propiamente dicho, surtida de cubetas, frascos, vaporizadores, portajabones, cajas de polvos, etc. La otra será para el peinado, y sobre ella se pueden tener espejos, horquilleros, peines, cepillos y frascos de perfumes.

Los tocadores más sencillos reemplazan el tapiz por el linoleum, y los armarios por simples tablas adosadas á las paredes.

Desde el punto de vista higiénico, el tocador debe ser claro, aireado y soleado, para que la humedad no permanezca mucho tiempo, y se debe limpiar cuidadosamente. Muchas señoras se cuidan por sí mismas de este trabajo, y hacen bien.

Desde dicho punto de vista, el salón no necesita condiciones esenciales; es una pieza poco habitada, ó habitada sólo en ciertos días y á ciertas horas, que se puede airear cuando convenga y mantenerla en la deseada condición de salubridad. Sin embargo,

se debe aconsejar á las amas de casa que habiten con frecuencia su salón; con esto adquirirá un carácter de intimidad, de vida, cuya falta se notaría en un departamento reservado únicamente para las recepciones. Si una mujer desea reunir periódicamente un grupo de amigos y adquirir la reputación de cariñosa y sociable, es preciso que dé á su interior un aspecto de cierta confianza.

Nada más propicio á la conversación como un salón dispuesto y amueblado con gusto y sin ningún color saliente que hiera los ojos ni absorba la atención; los *bibelots* escogidos inteligentemente dan ligereza y gracia al mobiliario: esto pocas personas saben proporcionárselo.

Los estilos Luis XIV, Luis XV y Luis XVI son entre los clásicos los más apropiados para decorar un salón. Los estilos modernos, así llamados, aunque no sean en realidad estilos, también pueden suministrar lo necesario, y á veces hasta imponer la moda. Cada uno es libre de elegir lo que más le agrada, según sus conveniencias personales, según el medio en que

viva y según la gente á quien haya de recibir. El tapiz debe ser hermoso y rico, de colores delicados; por excepción, cuando hayan de estar ante un mueble Luis XIII ó Luis XIV, se admiten ciertas tonalidades sombrías. Cuando no se tiene seguridad en el propio gusto, se debe pedir consejo. El suelo necesita siempre alfombra, generalmente de fondo blanco, muy adornada. La moda del brillo y sin esteras pasó, y además es perjudicial. En muchos salones se ve todavía una gran mesa en el centro ó adosada á la pared, útil para sostener *bibélots*, libros, una jardinera y hasta un reloj y candelabros, pero es anticuado. Entre las ventanas un mueble de fantasía ó un espejo grande.

Los muchos espejos dan claridad, apariencia más espaciosa y alegría, pero no son muy elegantes.

Los otros muebles grandes consisten en veladores, mesas, vitrinas y consolas, para tener á la vista los *bibélots*, jardineras de pies, cestas de flores y estatuas. Tampoco están mal los mueblecitos y estanterías de gusto japonés. Con todos estos elementos

Sabón

basta para amueblar convenientemente un salón.

Una colección de butaquitas ligeras y de sillas volantes acompañará este mobiliario, y se tendrán á punto una ó dos mesitas para que el visitante pueda sostener el libro que desea hojear, dejar el abanico, etcétera. Las flores, cuanto más sencillas son más decorativas, y en unión con algunas plantas elegidas, según el estilo del mobiliario, completan un carácter risueño y animado. La chimenea se adornaba antiguamente con un péndulo monumental que tenía el inconveniente de recordar á todos la brevedad del tiempo; hoy se ha reemplazado por un bronce, un mármol, una *terra-cotta*, un objeto de arte cualquiera, siempre que sea bonito y adecuado á la situación. Pero como es esencial tener noticia de la hora, un relojito pequeño, y antiguo con preferencia, debe estar á la vista sobre una mesa ó un estante, no lejos de la dueña de la casa, para indicar la hora discretamente á los contertulios si lo necesitan.

Además de estas habitaciones, la mujer

elegante tiene su gabinete íntimo, donde reúne los objetos que le son queridos y donde se rodea de la poesía y la dulce intimidad en que no penetran mas que los elegidos de su corazón.

Generalmente el gabinete de una mujer es un nido muelle y perfumado, en donde descansa de sus cuidados domésticos y mundanos. Una chimenea, flores, butacas, la mesita de lectura, el escritorio, la bombonera, la labor en que distrae sus ocios, batidor, tambor, encajes, el piano ó el arpa, cuanto se refiere á la vida íntima, las mil bagatelas que forman el encanto de las mujeres y que revelan sus gustos y sus aficiones. Nada demuestra tanto la personalidad de una mujer como su gabinete de descanso y de labor.

Además de éste, hay otro gabinete de recibir, especie de salón menos suntuoso y más íntimo, intermedio entre el gabinete y el salón, que sirve para las reuniones familiares y de los amigos de confianza.

Algunas mujeres artistas tienen su gabinete particular hecho escritorio ó estudio, según sus aficiones las inclinen á la músi-

ca, la literatura ó la pintura. En estas cosas su gusto y su fortuna son las que pueden dar el patrón del amueblamiento de esas habitaciones.

El despacho de una dama no ha de parecerse nunca al de trabajo de un hombre. Los despachos de los artistas permiten cierta fantasía: se les ve rodearse de tapices, retratos, *bibelots* y otros mil objetos; pero en los hombres vulgares el despacho debe tener un carácter vulgar y severo, que no excluye la elegancia ni la comodidad. En el despacho de una dama hacen bien las flores, los *bibelots* y los tapices mezclados con los libros y los folletos.

Pero la mujer no es jamás egoísta con los que ama; ella sabrá atender á su gabinete, al salón, al comedor, á la alcoba, sin dejar de cuidar como lo principal de la casa las habitaciones de los hijos, del esposo, del padre ó de las personas de la familia.

Así, la señora cuidará siempre, además de las que dejamos apuntadas, de las que al uso particular de los hombres se refieren, como salita de fumar, sala de billar, etc.

La salita de fumar es para el hombre

lo que para la mujer el gabinete, el sitio donde recibe á sus amigos y donde pasa los ratos de descanso ó conversaciones familiares. Una salita de fumar ha de ser agradable y elegante; en ella habrá asientos cómodos, mesitas, con los cigarros, libros, periódicos y cuantos objetos contribuyan al bienestar y el *confort*.

La sala de billar ó salón de tresillo, *écarté*, etc., deben ser grandes, para que no molesten los espectadores á los que juegan; los muebles poco recargados; una mesa para refrescos, café, etc., y un lavabo destinado á que puedan lavarse las manos después de la partida.

A todas las demás dependencias de la casa se extiende el cuidado, gusto y vigilancia de la dueña, sin prescindir de las habitaciones de los criados, despensas y cuartos destinados á guardar muebles y objetos, y la cocina.

Todo ha de estar limpio, ventilado, cuidado, y sin que en ninguna habitación se amontonen trastos inútiles y viejos que dificulten la limpieza y sean criaderos de insectos ó animales dañinos.

La cocina exige siempre particular atención; si se ha de hacer en casa una comida, son muchas las cosas que se necesitan para prepararla, y es de muy deplorable efecto para una señora tener que ir á pedirle á una amiga una cacerola ú otro objeto cualquiera el día que tiene invitados.

Además, la elección de la batería de cocina es importantísima desde el punto de vista de la higiene y requiere grandes cuidados por parte de la señora á cuyo cargo están la salud de los individuos de la familia y la servidumbre.

En resumen: para tener un departamento distinguido, lo principal es el gusto y el buen sentido de su dueña. Hay casas donde los muebles son de escaso valor, pero en las cuales un hada activa é inteligente tiene el sentimiento de lo conveniente y lo bello, y bajo sus manecitas milagrosas todo se embellece. Los muebles más sencillos adquieren un valor y armonía en el fondo y en la forma que los hace encantadores. El orden, el gusto, la limpieza, la ausencia de pretensión vanidosa y ridícula, bastan para crear un interior lleno de elegancia.

A veces el lujo sin gusto es contraproducente; hay dama cuyo salón ó gabinete parece la tienda de un barbero, sin distinción ninguna, con perfumes desagradables y algo de vanidoso y de frío, que aburre y repele.

Sucede con frecuencia que el visitante no se encuentra tan bien en esos interiores lujosos, en donde no se respira ese ambiente de graciosa elegancia, de sencillez cordial, de felicidad y de amor de que suele rodearse el talento de una mujer discreta.

El arte decorativo en relación con el mobiliario

En la imposibilidad de reseñar todos los útiles, nos atendremos sólo á los más importantes, para dar una idea clara de las líneas generales que distinguen los principales estilos, á fin de facilitar en lo posible el arte de amueblar. El estilo Luis XIII es severo, frío, continuación del período brillante del Renacimiento. Europa entera se ve sacudida por la lucha entre los católicos y los protestantes; la Reforma, triunfante de hecho, conduce á la austeridad y á la sencillez de los espíritus, ya propicios á repudiar toda tendencia frívola, como siempre ha sucedido después de las crisis políticas profundas.

A pesar de su frialdad y su severidad

ya anotadas, el estilo Luis XIII es completo y más confortable que el de las épocas precedentes. Los muebles tienen líneas rectas; el escritorio del Renacimiento es constituido por la cómoda, y en todos los objetos de esta clase se encuentran como distintivo las columnas lisas ó acanaladas á partir de la mitad del fuste, cosa que también está de moda en la arquitectura. Se usan mucho los broncees cincelados y las aplicaciones de cobre. El mobiliario de esta época se construye de madera de ébano y peral, sin tallados ni esculturas; los asientos de las sillas están cubiertos de cuero grabado ó estampado, y su gran defecto es que no sirven para dar á las habitaciones apariencia confortable.

Las camas bajas son dignas de mención, y sus columnas sustentan ricas telas. Este mueble es de gran importancia, porque la alcoba es á la vez sala de visitas para las mujeres á la moda y los grandes personajes. En la decoración de los objetos usuales, el estilo Luis XIII no tiene un gran carácter, porque entonces los *bibelots* se usaban muy poco.

La transición al estilo Luis XIV es muy bella, y la decoración interior es muy completa, muy animada, muy rica; los cuadros y las esculturas la completan y la realzan; todo es dorado: los muros y los muebles.

En el mobiliario, compuesto todavía de pocas piezas, todo se sacrifica al aparato. Lo más característico es el sillón: largo, cómodo, de proporciones sabiamente calculadas, con los brazos y los pies elegantemente esculpidos, está recubierto de rica tela bordada; las mesas, majestuosas, doradas y guarnecidas á veces de mosaicos; la consola, adosada al muro, con pies, que recuerda motivos arquitectónicos; cómodas pesadas y escritorios solemnes, esto es lo que vemos en todas las habitaciones. El lecho, siempre grande y bajo en general, no tiene columnas; un techo sostiene gruesos cortinajes de tapicería. Aún es de buen gusto recibir en la alcoba.

Una de las características de este estilo es el uso de los muebles de marquetería de Roule y sus discípulos, tan generalizados, que sólo se desterraron cuando aparecie-

ron triunfadores los *secrétaires* de Chippendalle.

El mobiliario Luis XIV es la forma más perfecta del arte decorativo y la más adecuada á una sociedad seria, en la que la conversación literaria era el atractivo principal de las reuniones mundanas.

En los primeros años del siglo XVIII los espíritus derivan hacia la frivolidad, engendrando así el estilo Luis XV, que influye en la decoración y en las costumbres: todo es lindo, pequeño, presuntuoso y de una opulencia refinada. Este reinado debiera llamarse, con más propiedad, el reinado de la mujer, pero no de la mujer de bello espíritu, sino de la mujer elegante y frívola.

La dimensión de las habitaciones se reduce á la mitad, la luz es mayor y más discreta, los muros no están ya cubiertos de grandes cuadros ni pesadas tapicerías, se usan más los espejos, que agracian y animan las habitaciones, dándoles un aspecto alegre, que aumentan los dorados y la blancura del techo. Los asuntos pastoriles, las cintas y los amorcillos bullen en las

cenefas de sobre las puertas y las chimeneas, los muebles están cubiertos de barniz maque ó laca de Oriente y adornados con bronce cincelados por Caffieri Gonthière y sus discípulos; las porcelanas de Sajonia forman un conjunto tan armonioso como elegante. Las salas de recibir son el comedor, el salón y el gabinete; la alcoba es ya íntima y su mobiliario se transforma en el sentido de la comodidad; el lecho está recubierto de telas de seda. Todo esto era mucho más caro que lo perteneciente al estilo Luis XIV y las habitaciones contenían diez veces más cosas. Así el lujo es el camino de la locura.

Lo que ante todo caracteriza el estilo Luis XV en todas sus producciones, es la abolición de la línea recta. Todo es ondulado, enterchado, hojeado con relieves cuya decoración es la achicoria exuberante; la fantasía reemplaza al convencionalismo, y como siempre, cae en el exceso. Este es el estilo rococo, que adquiere su fuerza en esta unidad entre la arquitectura, la decoración de las habitaciones, la orfebrería y la ilustración de los libros.

Concluye por fatigar con sus exageraciones y se vuelve á la línea más tranquila y graciosa; esto es lo que se llama estilo de la reina, aun cuando se debe á madame de Pompadour. También se le ha atribuído, aunque con error, el estilo rococo á la célebre favorita, siendo contrario á su gusto exquisito y enemigo de las formas incoherentes.

La madera de las sillas Luis XV es curvada y sus pies tienen muchas ondulaciones. El estilo Luis XVI muestra solamente tentativas malsanas á una reforma y una decadencia que tienen por causa una desdichada imitación á la antigüedad. En el mobiliario, sin embargo, se encuentran obras admirables, pero en todas partes brillan los dibujos ajustados y regulares.

Los muebles grandes, en lugar de ser convexos son ligeramente cóncavos, y los adornos majestuosos se reemplazan con tiradores de cobre ó botones dorados y las largas volutas con nudos de cinta.

La línea recta y el aplomo son las características de este estilo; así, los pies de las sillas son rectos, y sólo aparece la cur-

va cuando es preciso hacer esta concesión á la elegancia.

La achicoria es sustituida por el acanto, el laurel, las perlas y las cintas; la madera dorada casi ha desaparecido. Los muebles están pintados de colores tiernos, blanco, azul ó rosa; las telas son de seda brochada muy pálida, y al final de este período es cuando aparecen los dibujos estampados en cretonas ó indianas de encantadora sencillez. A los relojes acompañan figuras alegóricas de bronce ó mármol, y completa este admirable conjunto el tapiz de Oriente, más interesante por su unidad que el que se usó en las épocas de apogeo del arte decorativo.

Este arte tiene por objeto adornar y hacer agradable á los ojos los utensilios necesarios para la vida social; desde el momento en que un obrero fabrica un objeto, queda terminada su faena, y entonces llegan las manos del artista para domar las líneas y el color y darle el verdadero carácter de obra decorativa.

Se confunde con facilidad el arte decorativo con el arte aplicado á la industria:

los dominios del primero son más extensos; el segundo es el que por los medios industriales multiplica en gran número los ejemplares de un modelo determinado.

Las tres primeras condiciones del arte decorativo son la forma, el color y la propiedad. En pocas épocas se encuentra una reunión acertada de estos elementos primordiales. El arte tiene su cuna en Oriente; los asiáticos, bajo la influencia del clima, de la magia incomparable de su luz, de una civilización más refinada, de una imaginación más viva y de un comercio floreciente, se desarrollaron antes que las demás razas, y cuando construyeron los objetos usuales más sencillos, su pincel y su cincel tienen delicadezas incomparables y su mano debe vencer todas las asperezas de la forma y la materia.

Después de éstos, los fenicios, establecidos en la ribera del Mediterráneo, y más bien imitadores y comerciantes que productores, y luego los griegos, decoradores sobre todo, en el momento de su decadencia artística y durante la dominación romana, produjeron casi todas las obras

maestras que de ellos se admiran. Los etruscos, que fueron los primeros imitadores de los romanos, conservan en todas sus obras los hábitos de la riqueza y el fausto. Las ciudades orientales del Mediterráneo siguen produciendo tejidos y vasos, y cuando Constantino, en el siglo IV, transportó á Bizancio la capital del Imperio, no necesitó un esfuerzo grande para hacerle á la vez capital del arte, degenerado ya por el contacto de los artistas romanos con los industriales del Asia Menor.

La época bizantina es muy brillante, no por su perfección, sino por ser única en el mundo frente á los bárbaros invasores; representa la superioridad de la inteligencia y reúne el monopolio artístico de todas las riquezas adquiridas por la fuerza bruta y condenadas á ser improductivas.

En el siglo XII las cruzadas sirven de propaganda al admirable estilo gótico ú ojival, que produce obras maestras decorativas comparables sólo á las de la antigüedad. La influencia de los Valois determina lo que se llama el Renacimiento, período verdaderamente admirable en sus producciones.

La reforma religiosa que agita al fin del siglo XVI toda la Europa, dirige las tendencias de la moda hacia una severidad mayor y más natural para los objetos de uso común, que pierden con ello todas las huellas de un trabajo cuidado y fino.

Hoy el gusto moderno permite para el adorno el más encantador eclecticismo, y de la mezcla de estilos y de ornamentos resultan las bellas habitaciones modernas, donde se encuentran el arte, el *comfort* y la elegancia.

La hospitalidad

Algunas veces, en la misma intimidad de la casa, nos vemos obligados á practicar las fórmulas sociales cuando tenemos un huésped.

La hospitalidad no es tan fácil de practicar como se cree. Si las condiciones de la casa ó de la familia no ofrecen la suficiente garantía de que se encontrarán bien atendidos y con toda tranquilidad, es mejor no hacer invitaciones.

Hay que destinar á los huéspedes habitaciones confortables, con todos los objetos necesarios: toallas, objetos de limpieza, papel, sobres, libros, etc.

Si se trata de señoras, hay que disponer aún con más cuidado los objetos de la *toilette*, que en ningún caso han de faltar,

y que tengan polvos para el cutis, perfumes y todo lo necesario.

Para ser agradables á los huéspedes, se procurará organizar fiestas y excursiones, así como recibir en casa y que las horas pasen con el menor fastidio posible. Pero ante todo, se dejará á los invitados en libertad de acostarse ó levantarse á las horas que tengan por costumbre, sin imponerles obligaciones ni un régimen de vida contrario al que les sea habitual.

Por su parte, los convidados se mostrarán muy comedidos, evitando inmiscuirse en los asuntos de sus huéspedes, y si hay desavenencias entre los individuos de la familia, no aparentar notarlas ni tomar parte en favor de unos ó de otros.

Usarán con moderación de los servicios de los criados, sin exigencias ni mandatos imperiosos. Al salir de la habitación debe dejarse todo con el mayor orden posible.

La persona que se encuentra en una situación de fortuna modesta haría bien en no aceptar la hospitalidad de los amigos opulentos ó en una casa donde hay un gran lujo, pues aunque los dueños sean ge-

nerosos y atentos los criados, no dejan de hacer sentir alguna humillación si ven que no se les han de recompensar sus servicios. En estas casas es mejor no aceptar una hospitalidad á la que no se puede dignamente corresponder.

Si un invitado lleva mucho tiempo de huésped en la casa, no debe por eso darse aires de importancia y pretender ayudar á los dueños en sus deberes de hospitalidad cerca de los otros invitados que llegan después.

No hay tarea más difícil que la de la hospitalidad, no sólo para rodear á los huéspedes de todas las comodidades posibles, sino para mostrar sin cesar el rostro sonriente. Hay que ocultar todo cuidado, contrariedad ó enojo propios de la vida cotidiana. Sería del peor gusto darles el espectáculo de discusiones agrias y de querellas íntimas. Y desde luego, es falta imperdonable en una persona elegante hablar de los precios de las cosas, de los criados, ni de nada que con la organización y servicio de la casa se refiera.

Ningún huésped debe despedirse de re-

pende, sino prevenir con algunos días de anticipación su partida, salvo en circunstancias indispensables. Lo más conveniente es advertir á la llegada lo que durará su estancia.

El huésped que se despide ha de dar una propina á los criados y delicadamente algún regalo á los niños ó á los dueños de la casa de un objeto de valía.

De vuelta á su casa, debe escribir en seguida una carta muy afectuosa para expresar su gratitud por las atenciones recibidas, y la política exige que se le conteste dentro de la misma semana.

No como huéspedes se consideran las personas de la familia que pasan largas temporadas en casa, como los padres y hermanos de uno ú otro cónyuge. Sin embargo, las leyes de la hospitalidad nos obligan con ellas á las mismas atenciones y deferencias, sin que por otra parte su título de parientes cercanos les dé derecho á entrar en el terreno propio de la señora de la casa.

Respecto al modo de tratar á los huéspedes, una persona de edad ó de gran res-

peto goza en todas partes las mayores deferencias, pero se cuidará de que no aparezca desigualdad en el trato y que ninguna persona se crea humillada en nuestra casa.

Las institutrices

Para realizar con buen éxito su misión de educadora, la mujer necesita una persona de entera confianza que pueda reemplazarla cerca de su hijo en los momentos que haya de atender á otros deberes.

Una persona de la familia, una buena nodriza ó una antigua servidora de la casa afecta y cuidadosa, será suficiente mientras el niño es pequeño; después se hace indispensable confiarlos al cuidado de institutrices capaces de dirigir su educación.

Nunca como en estos momentos se necesita el cuidado de la madre para evitar al padre los lloros y las impertinencias del niño que empieza á andar y á tomar parte más activa en la vida.

A la vista de todo niño mal educado siempre se culpa á la mamá por lo menos de negligencia.

Cuando la nodriza se queda en la casa de ama seca, ella es la encargada de llevar en el cochecito al niño á paseo en compañía de la mamá ó de la institutriz. Las amas secas visten traje de moda, no llevan nada en la cabeza, y como único distintivo un delantal de merino negro, de grandes caídas y adornado en la parte superior con bieses de terciopelo negro. En cuanto á los trajes de nodrizas y niñeras, no se necesita describirlos.

La mamá cuidará de que sus hijas vistan con elegancia, sin lujo, y que posean muñecas, pelotas y los objetos necesarios para el juego y el *sport*.

Generalmente se eligen en la primera edad institutrices para niños y niñas. La razón es comprensible, tanto porque los pequeñuelos necesitan múltiples cuidados, además de la instrucción, como porque es más fácil que sea una mujer la que secunde á la madre.

La institutriz, persona de carrera y de

educación distinguida, se considera siempre como parte de la familia.

Una institutriz acompaña á la niña al salón y come en mesa aparte de los criados. Cada vez que se la designe se añade la palabra *señorita* ó *señora* á su nombre, y los dueños la tratan siempre con fórmulas de cortesía y de gran deferencia.

A una institutriz no se le ordena ninguna faena casera, y si por su voluntad presta un pequeño servicio, traer un vaso de agua, etc., se le dan las gracias.

Los padres cuidarán de mantener el prestigio de la institutriz, aprobando en presencia de los criados y los niños todo cuanto ella haga.

Por su parte, la institutriz ha de ser sumisa á todas las órdenes de los dueños, por leves que sean, y por ningún concepto mezclarse en asuntos ajenos al cuidado del niño ni tener relaciones familiares con las visitas de casa. La institutriz sólo entra en el salón acompañando á los niños, y esto en caso de ser llamada.

Su situación suele despertar el odio de los criados, y conviene que, sin familiari-

zarse con ellos, los trate siempre con dulce deferencia para ganarse su voluntad.

Con los niños que educan han de ser siempre indulgentes, sin tolerar la familiaridad, que perjudicaría al respeto que deben tenerles.

Los criados

Examinemos ahora las relaciones que una mujer distinguida necesita tener con sus criados.

El asunto no es de poca importancia. «A tal amo, tal criado», se dice vulgarmente, y con ello se indica que el buen ejemplo influye sobre los sirvientes.

En una casa bien montada, la señora se entiende directamente con su primera doncella, que comunica las órdenes á los demás, ó con el ama de gobierno. En casas de menos lujo, la señora ha de tener más inmediato cuidado de los servidores y necesita saber tratarlos, siempre uniendo la dulzura á la seriedad.

Es regla elemental de prudencia no recibir en la casa servidor de ninguna clase

que no venga bien recomendado y cuyos antecedentes no sean conocidos.

El día que el criado entra en la casa se le entregan los objetos de su uso y aquellos de que haya de dar cuenta. No es la índole de este libro ocuparnos de las condiciones del servicio, sino de las reglas de buen tono que es preciso exigirles.

Un criado acostumbrado á servir ahorra todo el trabajo á la dueña de la casa. Se ha de presentar limpio y peinado desde primera hora de la mañana, procurando evitar todo ruido y molestia á sus señores.

El criado no ha de cantar, hablar, gritar, ni reir á carcajadas. Necesita habilidad para librar á los dueños de compromisos de personas á quienes no deseen recibir, y mostrarse siempre atento y respetuoso con todos.

Nunca un criado se permitirá familiaridades con visitantes ni con nadie de casa.

A los niños les hablará de *usted*, y para designar ó hablar á los dueños ó á los que los visiten, antepondrá la palabra *el señor ó la señora*.

Por ningún concepto un criado entrará

en las habitaciones sin ser llamado, y en caso de necesidad sin solicitar antes permiso.

Cuando hay muchos criados, cada uno tiene marcadas sus funciones, y nunca debe usurpar uno las de otro, ni pedir al compañero que le ayude en las suyas. Con institutores, secretarios, etc., los criados se mostrarán respetuosos como con los señores, y hasta los mismos criados entre sí han de evitar las riñas, las disputas y las familiaridades.

Un criado nunca da á los señores una carta, un vaso de agua ó un cubierto mano á mano, sino colocado en una bandeja.

Cuando un caballero se pone el abrigo ó se desembaraza de él ó del bastón, paraguas, etc., para entrar en el salón, el criado debe ayudarle y estar alerta á la salida para abrirle la puerta.

Si por encargo de los dueños lleva un regalo, no ha de esperar la contestación y debe negarse á recibir propina, hasta que la insistencia le obligue á aceptarla.

Los criados no deben recibir visitas para ellos en casa de sus amos. Los días

de salida pueden ver á sus amigos y familia.

Los señores tienen á su vez que, sin familiarizarse con los criados, ser dulces y amables con ellos.

En ninguna orden debe haber imperio ó acritud. Nada tan lamentable como el espectáculo de una señora que grita y apostrofa á un sirviente, dando lugar á que por su ineducación le falte al respeto.

Los dueños deben limitarse á la advertencia, despidiéndolos si no son obedecidos.

Ya hemos dicho que el riguroso buen tono exige no dar las gracias á los criados por sus servicios, pero no puede censurarse á la señora que lo haga. Los dependientes de la casa deben hacerlo siempre.

Los dueños no hablarán de *tú* á los criados jamás, y para designar á la esposa, madre, hija, etc., dirán siempre *la señora* ó *la señorita*, así como ellos dirán siempre *el señor*.

Cuidadosamente ha de evitarse que los criados penetren en los secretos de la familia, y debe tenérseles siempre á una prudente distancia.

Los días en que se celebra la fiesta onomástica de alguno de la casa, un aniversario dichoso ó las pascuas ó primero de año, es conveniente premiar los servicios de un criado con algún regalo ó propina.

Los niños no han de mezclarse con la servidumbre, exigiéndoles que respeten á los criados y que éstos les guarden todas las consideraciones que á los dueños mismos se les deben.

Las lecturas

Si resulta importante ante todo el organizar la inversión de la actividad con arreglo al medio ambiente en que se desarrolla la vida y con arreglo á las condiciones personales del individuo, no menos importante resulta el estudio de la forma en que debemos invertir nuestros ocios, para que, sin robar al espíritu el reposo que busca en ellos, sean útiles desde algún punto de vista.

Una mujer que no esté dedicada por completo á tareas cerebrales encontrará en la lectura, no sólo los dos efectos anotados, sino todo cuanto le haga falta para orientar su inteligencia, para mitigar, avivar ó sofocar sus pasiones, ó para completar una educación que el pudor mal entendido, las fal-

sas leyes sociales ó la carencia de medios económicos dejaron incompleta.

Pero es preciso poner mucho tino en la elección de las lecturas que convienen á una mujer; hoy se publican muchos libros, todos apreciables por el hecho de ser tales libros, pero en muchos de ellos apenas se salva el buen deseo del autor del fracaso general en que yacen sobre sus páginas los sofismas, los errores y las falsas concepciones del hombre y el mundo. La crítica, que debiera dar hecha esta selección, es una coquetuela que apenas mira más allá del bello gesto, y su espíritu banal gusta más de consolar con sonrisas que de crear espíritus fuertes con observaciones y consejos.

La lectura puede ser una medicina eficazísima contra las dolencias del espíritu si en su elección se medita y se acierta, pero en cambio puede ser uno de esos venenos agradables, como la morfina y el opio, cuando se procede con ligereza ó no están en relación las facultades comprensiva y asimilativa con las materias que se tratan en el libro al que se pide consuelo, recreo, guía ó educación. Recuérdense á este propósito

los efectos desdichados de las lecturas caballerescas sobre el cerebro enfermo de don Quijote, y si desde la altura de este hermoso símbolo descendemos á la realidad y nos tomamos la molestia de observar en la esfera de nuestras relaciones los efectos de las lecturas desatinadas, encontraremos:

Viejos amanerados y pedantes que sólo hablan con frases rígidas, de una sola pieza, usadas ya por una docena de generaciones, que las dejaron raídas y grasientas, desdichada vestidura para un pensamiento bello.

Señoras enamoradas de algunos vocablos más ó menos raros, de las que en la conversación familiar llamamos *redichas*, que ensartan desatino sobre desatino, y excitan una risa que la discreción obliga á sofocar, con grave tortura del paciente.

No se va de mi memoria una de estas señoras redichas á quien le enseñaban un magnífico jardín, contiguo á un hotelito, cuya dueña le hacía los honores.

—¿Le gusta?—preguntó ésta amablemente.

—Sí—contestó la sabia—, pero aquí en el centro estaría muy bien una *claraboya*.

Ante un disparate de esta medida, ni la piedad ni las conveniencias sociales pueden imponer quietud á una carcajada francamente burlona, sanción penal justa para un delito que no merece tolerancia; pero si aquí es bastante sanción la carcajada, en cambio ya merece un palmetazo á lo dómine la pedantería de un caballero de los incluídos en el primer grupo de seres averiados por las lecturas. Contábale una señora que se le había roto un *bibelot* en el mismo día en que lo había comprado. El caballero ahuecó el pecho de la camisa, estiróse los puños, enderezó las guías de su bigote, pasóse la mano por la frente, tosió y dijo con la misma entonación que se puede suponer al que da cuenta de haber descubierto el radium:

—Para ser objeto decorativo, ó sea de mero ornato, su existencia fué efímera y su muerte asaz prematura.

Volvamos á reanudar la lista de los tocados de este maleficio.

Hay también, de seguro, entre nuestras relaciones, señoritas de rostro agradable, en cuyas nociones del amor, el matrimonio

y la vida de sociedad, influyeron de tal modo las lecturas de novelas saturadas de ese romanticismo falso que hace de las mujeres cromos de calendario, figuras de cera, niñas del *Juanito* ó de sus precursores el *Donato*, el *Jacetto*, el *Teodoletto*, porque el bueno de Palaviccini no hizo mas que plagiar con el mayor cinismo; de tal modo contribuyeron á la formación del espíritu de estas pobres clavellinas mustias las aventuras dislocadas de las novelas románticas, que su juventud se deshoja en espera de algo maravilloso que rompa la monotonía de su vida rectangular y su corazón se llena de pliegues,

asaz mal ferido
de punta de ausencia

de un amante que hable su fabla, use guantes de ámbar y lleve en el fondo de sus ojos, azules como el mar, la melancolía de una juventud tinta en sangre.

Hay, por último, jóvenes marchitos, que á consecuencia de haber elegido mal sus lecturas, se presentan en sociedad como hastiados de la vida, en pose de hombres

sesudos, y encocoran con sus afectadas amarguras. Nada ofende más la lógica y la armonía del concierto humano que la tristeza, cuando brota de labios que tienen obligación de sonreír. A otros, las teorías filosóficas mal digeridas y las extravagancias literarias de algunos autores desequilibrados, necios ó eunucos de ingenio, les torcieron su camino en una forma tal, que con ello quedaron inhabilitados para siempre, desentonados, *déplacés*, y por consecuencia, en ridículo perpetuo y constante.

No se deduzca de las anteriores observaciones que comparto mi parecer acerca de la lectura con el de aquel pobre señor obispo de no sé dónde, que en una de sus producciones sociológico-literarias consiguiera, no hace aún muchos meses:

«En cada gota de tinta bullen y se agitan miriadas de gusanos que acampan luego sobre los cerebros y abren en ellos surcos dolorosos y rebeldes á toda curación.»

A este buen hombre se conoce que no le hicieron falta muchas letras para conquistar su posición social elevada y cómoda; la gota de tinta, temida y honorífica para el

obispo citado, lo mismo puede ser un esporangio de patógenos—y conste que á los desdichados microbios se les ha hecho una leyenda tan injusta como la que se hizo en otro tiempo á los honrados y laboriosos judíos—que una aurora de luz vivificante, confortativa y saludable.

Concretemos ahora lo que debe ser la juventud.

Las obras de los clásicos adolecen de crudezas de lenguaje, amaneramientos y giros de comprensión difícil, salvo excepciones, á la cabeza de las cuales deben ponerse el *Quijote* y *Las novelas ejemplares* de Cervantes; pero no está de más insistir en que la lectura de los clásicos conviene más á los profesionales de la literatura; para éstos consideramos imperdonable su desconocimiento.

La novela moderna, de carácter psicológico, limpia de tecnicismos, flúida y correcta, reflejo fiel y comentado de la vida social, depurada de los olores ingratos y los panoramas repulsivos que acumularon en ella los fanáticos, para quienes no hubo línea divisoria entre el naturalismo sano y

honrado y la pornografía soez y disgustante, llena por completo su misión en este sentido y sirve para educar, con arreglo á la forma externa de la vida contemporánea, descubriendo de avanzada una gran parte del camino que hemos de recorrer y demostrando que para llegar al premio de la virtud y el castigo del vicio, cosa que daban siempre por hecha la novela y el teatro de hace veinte años, se necesitan condiciones especialísimas de inteligencia, perseverancia, voluntad y temple de espíritu que aquellos autores no se cuidaban de colocar en sus personajes.

Tampoco están desairados en las bibliotecas de la juventud algunos trataditos modernos de vulgarización científica; estas obras, cuando están bien hechas, descubren al lector, sin exigirle un esfuerzo grande, secretos cuya ignorancia es dolorosa.

Pero los mejores libros, considerándolos desde el punto de vista que nos ocupa, son indudablemente los libros de viajes; la moda, la necesidad de una educación completa, la consagración del arte como soberano universal y el gusto del público, han

hecho en poco tiempo una transformación saludable en el libro de viajes. Los antiguos no son malos ni mucho menos. ¿Quién no recuerda con deleite las abigarradas y calmosas diligencias, rellenas de tipos eminentemente cómicos unos, interesantes otros, que pintó de mano maestra *Fray Gerundio de Campazas*? Los viajes de Edmundo de Amicis, plétóricos de observaciones delicadas y sutiles, como aquella exactísima de que nuestros toreros, cuando van á decir algo, se miran la punta de los pies antes de pronunciar la primera palabra, dan al espíritu una exquisitez admirable, avivan los ojos de la inteligencia y enseñan á buscar en el mundo sensaciones completamente nuevas. Pero el libro de viajes de hoy es otra cosa; no es menos espiritual, pero sí más educativo. El autor nos lleva de la mano cariñosamente á contemplar las maravillas de los países que visita; con la magia de su lenguaje ferviente y entusiasta, pone ante nuestros ojos, quebrado y descompuesto, el misterio de la estética; comenta la factura, desentraña el símbolo, idealiza ó realiza, y al final de su

tarea meritoria ha conseguido universalizar la sensación, distribuyendo entre todos los sentidos los deleites de que antes sólo gozaban la imaginación ó la memoria.

Si á estos goces psicológicos que el libro de viajes proporciona se une la medida de su utilidad material y el ridículo que evita al que sirve entre gente que ha viajado mucho, hoy que esto es cosa fácil, se nos concederá derecho á rogar á la juventud que le conceda un lugar y una atención preferentes.

Antes de dar por concluído este capítulo, no estará de más el que consignemos una contestación correcta para una pregunta que se ha repetido con gran insistencia:

—¿Debe la juventud leer la prensa?

Indudablemente, sí; el apremio con que el periodista tiene que realizar su trabajo hace que éste carezca por lo general de condiciones educativas, que su forma sea ligera y débil y su fondo se alcance con los dedos; pero suministra, en cambio, otra clase de educación nada despreciable. La prensa es la crónica de la vida cotidiana,

y en general la refleja con exactitud, porque no hay tiempo para que sobre su noción operen los cinceles de la reflexión y el comentario; luego para tener de la vida el concepto verdadero, nada más útil que la lectura de los periódicos, teniendo siempre cuidado de apartar el espíritu de todos los prejuicios de escuela, secta, facción ó partido. Además, en política, en literatura, en arte y en otras mil derivaciones de la actividad humana, hay siempre noticias cuya ignorancia es de muy mal tono, y de quien la padece se suele pensar que su vanidad le lleva á mirar con desdén estúpido cuanto no emana de sí mismo.

Para terminar, apuntaremos algunos consejos higiénicos.

Debe, ante todo, desterrarse la funestísima costumbre general de leer en la cama; la conformación del globo del ojo, la posición especial de la retina y el nervio óptico no están en condiciones de funcionar cuando está el cuerpo decúbiteo lateral ó supino. En estas posturas, además, funciona el cerebro trabajosamente, porque los líquidos que bañan sus lóbulos, en cualquiera posi-

ción que conserve la cabeza erguida, se acumulan en un lado, y como dejan enjuntas algunas células, el pensamiento de las facultades es incompleto.

La mejor luz es la del día, cuidando siempre de buscarla de lado, pues además de ser la que produce menos cansancio, da muy buenos efectos á las letras y á las figuras. A esta luz lateral se deben en gran parte las maravillosas creaciones de Velázquez y Rembrandt.

La luz de gas, cuando no la ha suavizado algún procedimiento mecánico, hiere los párpados y decolora las pestañas; la luz de aceite ataca á la membrana esclerótica. Entre todas las luces artificiales, la mejor es la eléctrica, sin que con esto afirmemos que pueda considerarse como inofensiva.

El libro ó el papel deben tenerse á una distancia regular de los ojos: muy cerca, produce la miopía; muy lejos, la presbicia.

Las mejores horas para la lectura son las de la mañana después del desayuno, que robustece la memoria, y del tocado, que aviva y despeja los sentidos.

En ningún caso nos debemos entregar á la lectura durante los períodos digestivos: cualquiera tarea cerebral en estos momentos podría producir una congestión.

Sobre la manera de vestirse

Allá por los años pintorescos de 1830 á 1840, un sastre de la Puerta del Sol tenía consignado en la muestra de su establecimiento: «El traje es el sobrescrito del alma y el fiador de la persona.»

Aquel sastre era un sociólogo superlativo, si fué él mismo quien compuso la leyenda de su rótulo y no le pagó con ella un frac color Habana con botones dorados alguno de los literatos de la época.

Es indudable que el traje revela siempre algo del interior de la persona que lo lleva, y sobre todo, da noticias del buen ó mal gusto, cosa importante si se tiene en cuenta que de las personas de buen gusto, esto es, hábiles y aptas para observar y sentir la belleza, condiciones que dan al

espíritu una manera de ser especial, agradable siempre, que les hace brillar sobre cuantos en torno suyo no gozan de esta excelencia, no se puede esperar nada malo.

Lo más esencial, la clave única, nos atreveríamos á decir, para vestirse con acierto, es la elección de los colores y la combinación atinada de los que tiene cada una de las prendas que constituyen el tocado.

En los hombres, el color de la corbata debe armonizarse con el del chaleco, si se usa de los llamados de fantasía, con el del sombrero, con el de los botones de la camisa, con el de los guantes, con el de uno de los pañuelos de bolsillo, y con el del calzado. Las demás prendas—americana, levita ó chaquet y pantalón—deben ir armonizadas entre sí.

Los trajes de colores claros sólo deben usarse por la mañana ó en el campo; en el centro del día la levita, ó simplemente un traje negro de americana, según las obligaciones y sitios adonde el interesado deba asistir, y por la noche el *smoking*, si se ha de comer en una casa en donde se obser-

ven rigurosamente las leyes de la etiqueta, y el frac si á la comida ha de seguir recepción ó baile.

Los colores vivos deben usarse con gran cuidado y precaución, ó renunciar á ellos si no se confía en saberlos combinar sabia y artísticamente. Quien gusta de lucir colores demasiado vivos, como el rojo sangre ó escarlata, el clavel, el verde, el amarillo, etc., se impone una tarea igual á la de quien domestica pájaros ó fieras: no triunfa en su arte sino al cabo de grandes esfuerzos, y rara vez al final de su tarea encuentra algo que compense sus fatigas. Son, pues, preferibles los colores suaves y discretos, porque su combinación no exige grandes estudios ni su falta de armonía es accesible á todos los ojos.

¿Es de buen gusto llevar flores en el ojal?

Los espíritus vulgares anatematizan con adjetivos malsonantes á los hombres que tienen la costumbre de llevarlas, y creen que este es un detalle de afeminamiento; en realidad, es un reflejo del amor á lo bello que impera sobre todos los cerebros

orientados hacia el arte, y si bien creemos que el hombre no debe imponerse la obligación de llevarlas siempre y á todas horas, no vemos inconveniente alguno en que las lleve, no siendo por la mañana, y siempre que su color no sea exótico, sino natural, y esté además combinado con el de la corbata, el chaleco, etc.

Deben preferirse las violetas en su tiempo, los nardos y los claveles rojos ó blancos; de ningún modo las rosas, por su tamaño, ni las lobelias, gamarzas, eléboro y otras especies venenosas. La orquídea de Chamberlain ha alcanzado una celebridad internacional, y la historia de nuestro tiempo hablará de ella seguramente.

Cuando una señora ó señorita obsequia con una flor que estuvo prendida en su cabeza ó en su pecho á un caballero, éste debe prenderla inmediatamente en el ojal de su americana, su levita ó su frac, y conservarla á la vista mientras dure el acto en que se encuentran, sin detenerse á mirar si por su naturaleza, tamaño, color, etc., ha de convenirle, y quitando previamente la que antes luciera.

Con respecto á la manera á que deben ajustar su vestido las mujeres, se tendrán presentes las reglas sentadas en los diferentes capítulos de este libro y las observaciones hechas en los párrafos precedentes sobre la combinación de los colores.

Para la calle se usarán trajes sencillos, en relación con la hora del día y los sitios adonde hayan de asistir; los adornos y encajes deben reservarse para dentro de casa, en las ocasiones en que se deben recibir visitas ó asistir á reuniones.

El adaptarse por completo á los preceptos de la moda trae consigo inconvenientes gravísimos. La moda es de suyo voluble, y además tiene los defectos de todas las pautas: asesina las gallardías y las gracias, y roba personalidad á todos los detalles. Servirse continuamente de la moda es lo mismo que aprender el idioma en el diccionario: este es un libro muy útil para salir de alguna duda, pero un lenguaje en el que se colocaran todas las palabras que contiene resultaría la cosa más áspera y molesta del mundo. En la moda se puede y se debe buscar una orientación, y nada más.

Tal es, en todos los órdenes, el complicado código cuyas leyes han de observar las personas distinguidas que deseen poseer en todas ocasiones el difícil y necesario ARTE DE SABER VIVIR.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
La sociedad.	5
Las relaciones entre novios.	18
Regalos de boda.	27
Las bodas.. . . .	32
Modo de conducirse en la calle.	42
Las visitas.	47
La conversación.	58
Las comidas.. . . .	65
Los bailes.	77
Los teatros.	88
Los viajes.	94
Los <i>sports</i>	101
Los lutos.	105
La correspondencia.	112
Tarjetas de visita.	118
Los nacimientos.	122
Los bautizos.. . . .	126
Interior de la casa.. . . .	129
El mobiliario.	134
El baño y el tocador.. . . .	146

	<u>Págs.</u>
El arte decorativo en relación con el mobiliario. .	160
La hospitalidad.	170
Las institutrices.	175
Los criados.	179
Las lecturas.	184
Sobre la manera de vestirse.	197

EDITORIAL PROMETEO.--VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ, director literario de esta Editorial.—NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. 5 *pesetas volumen*. Los argonautas (2 tomos). 8 *ptas.*—CUEENTOS: La Condenada. Cuentos valencianos. 5 *ptas. vol.*—VIAJES: En el país del arte. Oriente. 5 *pesetas volumen*. El militarismo mejicano (artículos). 4 *ptas.* El paraíso de las mujeres (novela). 5 *ptas.*

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914, por V. BLASCO IBÁÑEZ. Ilustrada con millares de grabados y láminas. Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y vió de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creerá haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibáñez ha podido hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, el heroísmo, la guerra en el mar y en los aires, descripciones que figuran en este libro. Sólo un novelista de la realidad ha podido trazar retratos literarios como los de los principales personajes de esta gran tragedia que figuran en la presente obra. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que fué la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 20 *pesetas.*—También se vende por cuadernos á 50 *céntimos.*

V. BLASCO IBÁÑEZ. SUS NOVELAS Y LA NOVELA DE SU VIDA, por Camilo Pitollot, traducida al español por Tullio Moncada.—Lleva una profusa ilustración que reproduce cincuenta fotografías, impresas aparte, en papel couché, con retratos, estancias, actos, etc., de Blasco Ibáñez, desde su época de estudiante hasta el presente.—5 *ptas.*

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL, dirigida por LAVISSE & RAMBAUD. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Más de 20.000 retratos, estatuas, cuadros, armas, monedas, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios, monumentos y reconstrucciones. Historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al XII. En prensa el XIII.—Precio de cada tomo, 7'50 pesetas lujosamente encuadernado en tela.

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, por MICHELET. Admirable evocación de la epopeya de Francia. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Tres grandes volúmenes, 30 pesetas.

HISTORIA SOCIAL, desde la Revolución francesa hasta el siglo XX, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, 40 pesetas. Por cuadernos, 50 céntimos cada uno.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, por ONÉSIMO y ELÍSBO RECLUS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—6 ptas. el tomo en rústica y 7'50 encuadernado en tela.

LA NOVELA LITERARIA.—Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Praplé, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 ptas. vol.

LIBROS CÉLEBRES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS.—HOMERO: *Iliada*, 2 t. *Odisea*, 2 t.—ESQUILO: *Tragedias*, 1 t.—EURÍPIDES: *Obras completas*, 4 t.—HESÍODO, 1 t.—TRÓCRITO, 1 tomo.—SÓFOCLES: *Tragedias*, 2 t.—Traducciones nuevas del griego por el gran poeta francés Leconte de Lisle.—*La canción de Roldán*, 1 t.—ARISTÓFANES: *Comedias*, 3 t.—JUNOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*, 1 t.—SHAKESPEARE: *Obras completas*, 12 t.—Todas estas obras están editadas con ilustraciones de arte griego y cubierta en colores.—2 pesetas volumen.

BIBLIOTECA DE LAS MEJORES OBRAS.—Los libros de los grandes pensadores y de los grandes prestigios literarios forman el núcleo principal de esta Biblioteca.—*Filosofía:* Obras de Diderot, Voltaire, Rousseau, Schopenhauer, Spencer, etc.—*Ciencias:* Darwin, Büchner, Reclús, etc.—*Literatura:* Víctor Hugo, Zola, Daudet, France, Maupassant, Gorki, etc.—*Teatro:* Bjoernson, Ibsen, etc.—*Bellas Artes:* Ruskin, Taine, etc.—*Política:* Chamfort, Dide, Holbach, etc.—*Sociología:* Proudhon, Kropotkine, Tolstoi, George, Hamon, Engels, etc.—1'50 ptas. vol.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA.—HÆCKEL, Historia de la creación de los seres, 2 t.—INGENIEROS, Histeria y Sugestión.—A. DIDE, El fin de las religiones.—R. ALTAMIRA, España en América.—Volúmenes en 4.º á 4 pesetas.

BIBLIOTECA DE LA MUJER Y DEL HOGAR.—Abarca los conocimientos más indispensables, más útiles y más prácticos para la mujer en la dirección de la casa, en la vida de sociedad, visitas, viajes, correspondencia, higiene, modas, etc.—Consta de los siguientes volúmenes: La mujer en el hogar.—Vademécum femenino.—Las artes de la mujer.—Arte de saber vivir.—Modelos de cartas.—La cocina moderna.—Arte de la elegancia.—Salud y belleza.—El tocador práctico.—El arte de ser amada.—La mujer jardinero.—1'50 ptas. volumen.

LO QUE CANTAN LOS NIÑOS.—Canciones de cuna, de corro, copillitas, adivinanzas, relaciones, juegos y otra cosas infantiles, anotadas y recopiladas por FERNANDO LLORCA.—Ilustrado y encuadernado en cartón con tapa á todo color.—Precio, 2 ptas.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR.—Estos libros, de un gracioso desenfadado, ofrecen un aspecto nuevo de los grandes autores del clasicismo, que siempre artistas supieron decir todas las cosas y decir las bien, por escabrosas que fuesen.—Van publicados: LONGO, Dáfnis y Cloe.—APULEYO, El asno de oro.—BILITIS, Las canciones eróticas.—MARCIAL, Epigramas eróticos.—VOLTAIRE, La doncella.—CASANOVA, Amores y aventuras.—CUENTISTAS ITALIANOS, Obras galantes.—ARRETINO, Vida de las casadas y de las cortesanas.—1'50 pesetas volumen.

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, por ARTURO CONAN-DOYLE.—Esta serie de novelas, la más interesante de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskerville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—1'50 ptas. vol.

Editorial PROMETEO.—Germanías, 33, VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

Director *Merario* de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre narajos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Bonamor. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. 5 ptas. vol. Los Argonautas (2 t.). 8 ptas.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. 5 ptas. vol. El militarismo mejicano (artículos). 4 ptas. El paraíso de las mujeres (novela). 5 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida a partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XII. En prensa el XIII.—750 pesetas volumen encuadernado.

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

por Michelet.—Traducida por Blasco Ibáñez.—Profusa ilustración.—3 vol.: 30 ptas.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reelz.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—6 ptas. vol.

HISTORIA SOCIAL

Desde la Revolución francesa al siglo XX.—Crítica y documentada.—Dirigida por J. Jaurés.—Ilustradísima.—4 vol.: 40 ptas.

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Conocimientos útiles del hogar.—150 vol.

CAMILO PITOLLET: V. BLASCO IBÁÑEZ. Sus novelas y la novela de su vida

Profusamente ilustrada. 5 pesetas.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. Novelas de Paul Adam, Barbuse, Bazin, Bourges, Bourget, Luvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Joloux, Lavedan, Louys, Marguerite, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 350 ptas.—*Teatro de amor*. 3 ptas.
MORAYTA: *La libertad de la cátedra*. 2 ptas.

LA BRUYERE: *Caracteres*. 2 ptas.
F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

Escrita por V. Blasco Ibáñez. Ilustrada con millares de grabados. *Las grandes batallas.*—*El heroísmo.*—*Los horrores de la lucha.*—*La guerra en el mar y en los aires.*—*Tipos y costumbres de los beligerantes.*—*Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.*—*Planos y mapas.*—*La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.*—*Panoramas trágicos.*—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 20 pesetas.—Por cuadernos, 50 céntimos uno.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Martus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gomez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

Obras de Haeckel, Proudhon, Bächner, Altamira, Ingueneros, etc.—4 ptas. vol.

LIBROS CÉLEBRES Españoles y Extranjeros

2 pesetas volumen

HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 t.—ESQUELO: *Tragedias*. 1 t.—ARISTÓFANES: *Comedias*. 3 t.—JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*. 1 t.—EURÍPIDES: *Obras completas*. 4 t.—SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 t.—*La canción de Rodán*. 1 t.—*Hesiodo*. 1 t.—*Teócrito*. 1 t.—SÓFOCLES: *Tragedias*. 2 t.

BIBLIOTECA DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON, presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

LAS MEJORES OBRAS

de filosofía, sociología, política y literatura.—Darwin, Spencer, Renán, Schopenhauer, Nietzsche, Ruskin, Taine, Kropotkin, Zola, Ibsen, Gorki, etc.—150 ptas. vol.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—150 vol.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—150 ptas. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Victor Hugo, Dickens, Tolstói, Dumas, Mayne Reid, Fernández y González, etc.—A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada*.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados a 150 ptas.

Pídanse Catálogos especiales de estas obras y Bibliotecas